

Colección
**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina



Tendencias, conflictos y desafíos

Pablo Vommaro

JUVENTUDES
Y POLÍTICAS
EN LA ARGENTINA Y
EN AMÉRICA LATINA

Tendencias, conflictos
y desafíos

PABLO VOMMARO

**JUVENTUDES
Y POLÍTICAS
EN LA ARGENTINA Y
EN AMÉRICA LATINA**

Tendencias, conflictos
y desafíos



 Grupo Editor Universitario

 **CLACSO**

Vommaro, Pablo
Juventudes y políticas en la Argentina y en América Latina : tendencias,
conflictos y desafíos . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Grupo Editor Universitario, 2015.
88 p. ; 22x15 cm.
ISBN 978-987-1309-16-0
1. Sociología. 2. Juventud. I. Título
CDD 305.235

Fecha de catalogación: 20/03/2015

1ª edición: abril 2015

1ª reimpresión: agosto 2016

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

Foto de tapa: Pablo Vommaro

©2015 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-16-0

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Secretario Ejecutivo Pablo Gentili
Directora Académica: Fernanda Saforcada

Área de Desarrollo de la investigación
Coordinador Pablo Vommaro
Asistentes Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga, Giovanni Daza, Alessandro Lotti y Ángel Dávila

Área de Producción Editorial y Contenidos Web
Coordinador Editorial: Lucas Sablich
Coordinador de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
EEUU 1168 | C1101 AAx Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 |
e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

A Hernán, amor de mi vida

ÍNDICE

PRESENTACIÓN. Las juventudes en el mundo actual	11
CAPÍTULO I. Hacia el enfoque generacional.....	17
CAPÍTULO II. Las juventudes argentinas: dinámicas históricas y transformaciones	25
CAPÍTULO III. Las juventudes movilizadas en América Latina	57
PALABRAS FINALES. Hacia las configuraciones generacionales de la política	75
Bibliografía.....	81

PRESENTACIÓN

*Las juventudes en el mundo actual*¹

Si pensamos en las formas de la política y las movilizaciones sociales en la Argentina, América Latina y en el mundo, se hace necesario enfocarnos en las juventudes y sus modalidades de expresión y producción. En efecto, los jóvenes son hoy protagonistas de las principales movilizaciones, impulsando organizaciones y formas de agrupamiento, dinamizando el conflicto social y expresando muchos de los elementos que conforman las agendas públicas de las sociedades contemporáneas.

Esto se enmarca, además, en un fenómeno más global que nos permite identificar que en las primeras décadas del siglo XXI se han producido en diversas regiones del mundo (África del Norte, América Latina, Europa, América del Norte) procesos de movilización social que encuentran en los jóvenes sus principales impulsores. Los movimientos de carácter más sociopolítico, como los de la denominada primavera árabe que contribuyeron a la caída de distintos gobiernos en África del Norte, los múltiples colectivos que se agrupan bajo la denominación de *indignados* en Europa (sobre todo en España) y Estados Unidos, las organizaciones estudiantiles que luchan por la democratización y la mejora de la calidad de una educación mercantilizada y degradada en América Latina (Chile, Colombia, México),

1. Este libro se enmarca en el trabajo del autor en diferentes proyectos de investigación y espacios institucionales. Entre ellos, se destacan el Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes (EPoJu, Instituto Gino Germani de la UBA); PICT 2012-1251 "Activismo y compromiso político juvenil: un estudio sociohistórico de sus experiencias políticas y militantes (1969-2011)"; PICT 2012-2751 "Juventud, política y nación: un estudio sobre sentidos, disposiciones y experiencias en torno a la política y el proyecto común"; y UBACyT 20020130200085BA "Jóvenes militantes y espacios juveniles en agrupaciones político partidarias: una aproximación a las formas de compromiso juvenil luego de la crisis de 2001". A los miembros de estos equipos –y de otros en los cuales trabajo– agradezco por sus generosos aportes, y desde ya, los eximo de cualquier error o falencia que pudiera tener esta obra.

y los jóvenes urbanos movilizados en Brasil, han sido los más visibles en este aspecto, pero no son los únicos.

Existen también agrupaciones de indígenas, de trabajadores precarizados, de diversidades sexuales, de migrantes, de campesinos y centros culturales, entre muchos otros, que son activos protagonistas de los conflictos y movilizaciones en sus territorios de acción específicos. Los jóvenes de los sectores populares y las periferias de muchas grandes ciudades también han construido colectivos y asociaciones, que expresan sus formas singulares de participación y compromiso con lo público y con la transformación de la realidad en la que viven, a la vez que son emergentes de los conflictos urbanos de la actualidad.

La importancia creciente de las juventudes en las sociedades actuales, sobre todo en relación con los procesos políticos, puede ser pensada en base a cinco elementos que se destacan. En primer lugar, la capacidad organizativa y de movilización que demuestran la mayoría de los colectivos juveniles. En segundo término, la gran visibilidad pública de sus acciones, escenificadas en el espacio público y amplificadas por los medios de comunicación, sobre todo digitales y electrónicos. Tercero, la expansión de las políticas públicas de juventud, que desde hace dos décadas forman parte de la gran mayoría de los planes de gobierno y ocupan espacios en aumento en las estructuras estatales. En cuarto lugar, las renovadas formas de participación política y compromiso público que las grupalidades juveniles producen en sus prácticas cotidianas. Por último, los elementos anteriores generaron un interés mediático, político y académico cada vez mayor, que contribuyó a colocar a las juventudes en el centro de las agendas públicas.

Además, este protagonismo político, social y cultural de las juventudes en el mundo contemporáneo y el lugar de creciente importancia de lo juvenil en la dinámica política es parte de un proceso más general que podemos identificar, junto a otros autores, como *juvenilización* y que abarca distintas esferas de la vida social². Esto puede verse tanto en aspectos políticos, como en las dimensiones culturales, en las pautas de consumo, modos y estilos de vida, en la fuerza de trabajo y en otros ámbitos como las sexualidades o las migraciones.

La contracara de este lugar de creciente importancia que las juventudes han ganado en las sociedades del presente son los procesos de

2. Siguiendo diferentes trabajos, podemos pensar que la juvenilización junto a la feminización son dos de los procesos que singularizan la dinámica social de las últimas décadas, si miramos dimensiones diversas como la fuerza de trabajo, la esfera del consumo y la dinámica política, entre otras.

desigualdades y segregaciones que los jóvenes están viviendo. Así, según diversos informes, situaciones como el desempleo o la pobreza se duplican o triplican entre los jóvenes; que no sólo atraviesan desigualdades materiales, sino también étnicas, sexuales y de género, territoriales, culturales, políticas y religiosas, entre otras³. De esta manera, diversidades y desigualdades son dos de los principales rasgos que pueden caracterizar a las juventudes en la actualidad. Volveremos sobre esto a lo largo del libro.

Podríamos historizar lo dicho hasta aquí abordando el proceso por el cual las juventudes adquieren el protagonismo mencionado, a la vez que el propio término *juventud* cobra un sentido positivo, movilizador, atrayente y productor de adhesiones y simpatías. Si asumimos que la consideración de la juventud como sujeto o actor social es un producto del capitalismo y la modernidad, podemos decir que los *jóvenes* (en tanto término que define un momento o etapa de la vida) existen hace siglos con diversas resignificaciones, pero que la *juventud* (en tanto expresión de esos jóvenes como grupo social con características más o menos singulares) es algo más contemporáneo, propio de los siglos XIX y XX.

El dispositivo escolar, en su doble dimensión de contenedor de niños y jóvenes y de instancia propedéutica para el mundo del trabajo y la política ciudadana, fue el espacio que el sistema de dominación construyó para los jóvenes (Balardini, 2000). Aunque, como dijimos, su estudio genealógico podría llevarnos a épocas anteriores, fue a partir de la segunda posguerra cuando comenzó a considerarse en los países occidentales este período como un momento específico y diferenciado de la vida, con estilos y modos de vida singulares. Así, para analizar las relaciones entre juventudes y políticas en el presente es importante rastrear las características del protagonismo juvenil a partir de los años sesenta y setenta del siglo pasado, haciendo también hincapié en las expresiones juveniles de los años ochenta y noventa. Sin duda, las denominadas *revueltas juveniles de los sesenta*⁴ impusieron el análisis de esta noción como parte de las interpretaciones del proceso político y social que se vivía en aquellos años.

3. Esta situación de desigualdad y segregación que viven las juventudes latinoamericanas en distintos planos ha sido abordada en diversos informes de organismos y agencias internacionales, al menos desde el año 2010. Por ejemplo, en el Panorama Social de América Latina que publica CEPAL anualmente; en informes del PNUD y la OIT; en trabajos de OIJ o UNESCO y en un informe elaborado por CLACSO y UNESCO en 2013.

4. Nos referimos con este término tanto a los sucesos conocidos como Mayo Francés, los acontecimientos de Tlatelolco en México o el Cordobazo en la Argentina, como a movimientos como el organizado contra la Guerra de Vietnam, las diversas expresiones estudiantiles y obreras, los movimientos de descolonización y liberación nacional y social (vinculados a la

El despliegue de las prácticas juveniles, que ya no sólo pugnaban por un lugar en el mundo dominado por los adultos sino que marcaban el curso de los acontecimientos, llevó a que en los años noventa se comenzase a hablar del *estallido de la juventud*, en base a las crecientes diversidades que caracterizaban a las juventudes en ese momento. Este espacio en expansión que ocupaban los jóvenes en la vida social, económica, política y cultural de muchos países generó un renovado interés en el mundo científico y académico, a la vez que en las políticas públicas impulsadas por los estados y también por distintos organismos internacionales. Así, surgieron diferentes conceptualizaciones para intentar comprender o interpretar las dinámicas juveniles, alejándose de los abordajes meramente biologicistas o demográficos que habían predominado en décadas anteriores. Se reactualizó entonces la noción de *generación*, que habían trabajado autores como Mannheim y Ortega y Gasset en los años veinte y treinta del siglo XX. Este es el enfoque que tomaremos en este libro y que desarrollaremos en el primer capítulo.

A la vez que las transformaciones ocurridas a nivel mundial (sobre todo en Occidente) luego de la segunda posguerra, y más marcadamente después de los años sesenta y setenta, llevaron a una diversificación y expansión del lugar de las juventudes en la sociedad; también la política experimentó cambios. El principal que abordaremos en este libro es el proceso de ampliación de sus fronteras, por el cual se extendió su campo de acción a esferas que previamente no podían considerarse como *políticas*. Es decir, la política se despliega en otras dimensiones como la social y reproductiva, vinculada con espacios privados e íntimos. Denominamos a este proceso de ampliación de las fronteras de la política (que puede llevarnos a discutir también las distinciones entre *la política* y *lo político* que hemos analizado en otros trabajos⁵) como *politización*, remarcando una concepción dinámica y socio-histórico-cultural de esta noción. A su vez, esta politización de la vida social y cultural genera una transformación en las relaciones entre la política y el espacio en el cual es producida. Así, el espacio socialmente producido, concebido como un entramado de relaciones sociales, deviene territorio. Política y espacio establecen, entonces, un vínculo recíproco por el cual la política puede interpretarse como una producción territorial y el territorio como una producción política. Este proceso de territorialización de la política y de politización del territorio también será abordado en el Capítulo 1.

lucha armada en muchos casos), y a otros de carácter más cultural como el de los hippies norteamericanos.

5 Por ejemplo, en Vommaro, 2010 y 2014a.

Una vez presentados los enfoques y perspectivas desde las cuales trabajamos, y que serán en parte compartidos por los otros libros de esta colección, nos centraremos en desarrollar como estos elementos se desplegaron en la Argentina en los últimos treinta años, es decir, desde la restauración democrática hasta la actualidad. Aquí cruzaremos las prácticas políticas producidas desde las juventudes, con los discursos y disputas públicas generadas a partir de las mismas. Este será el contenido del segundo capítulo.

Para profundizar los análisis acerca de las relaciones entre juventudes y políticas, enfocando en las tendencias, conflictos y desafíos presentes y futuros, consideramos necesario incorporar a nuestro trabajo una dimensión regional y continental. Por eso en el Capítulo 3 abordaremos los procesos de organización y movilización que las juventudes protagonizaron en América Latina en la última década, tomando algunos países como Brasil, Chile, Colombia y México en tanto expresiones del mismo.

Finalizando nuestro recorrido, plantearemos una hipótesis que se presenta fructífera para analizar las relaciones entre políticas y juventudes en la actualidad. Pensamos que el enfoque generacional es una vía de ingreso muy estimulante para comprender las formas de la política en las sociedades contemporáneas. Así, en el lugar de las palabras finales del libro, presentaremos algunos rasgos de lo que denominamos *configuraciones generacionales de la política*, construidas a partir de los casos y experiencias estudiadas.

Sobre estos problemas trata este libro, pensado como una contribución al conocimiento de las *configuraciones generacionales de la política* en la actualidad, en el camino a aportar a la construcción de relaciones intergeneracionales significativas y mejores condiciones de vida para todos. La intención es alimentar la comprensión de las dinámicas políticas en la actualidad y realizar un aporte a la producción de prácticas más potentes y efectivas para la transformación de nuestra sociedad.

CAPÍTULO I

Hacia el enfoque generacional

La noción de juventudes es fructífera pero problemática, y ello se evidencia principalmente cuando su caracterización se presenta como “acumulación de adjetivos” (Pérez Islas, 2000). Las prácticas de los jóvenes han desafiado –y continúan desafiando– al mundo académico en cuanto a su conceptualización, cuestionando tanto la mirada acerca de la juventud como etapa transicional o de preparación para un momento maduro de la vida; como la concepción que la asocia a un ciclo de vida con rasgos específicos e inherentes, con atributos que serían esenciales a la condición juvenil. El ejemplo más notorio de esta última mirada son los estudios que conciben a la juventud como rebelde, con potencialidad transformadora y disruptivas; o bien quienes la analizan como apática, desinteresada y poco participativa. En ambos casos se trata de adjetivos que invisibilizan y esencializan una construcción sociohistórica y cultural que siempre es múltiple y situada.

Pensamos entonces, junto con otros autores, que la juventud es una noción dinámica, sociohistórica y culturalmente construida, que es siempre situada y relacional.

Así, a partir de la perspectiva que tomamos en este libro centrada en las relaciones entre las juventudes y las formas de la política, consideramos a la juventud como experiencia vital y noción socio-histórica definida en clave relacional, más que etaria o biológica⁶. De acuerdo con Pérez Islas (2000), esta noción se ha ido configurando en el proceso de interrela-

6. A pesar de nuestro énfasis en las dimensiones histórico-social y relacional, no desconocemos el anclaje etario de la noción de juventud, aun en su clave generacional. Al respecto, numerosos estudios, citados por ejemplo en Ghiardo (2004), definen los límites biológicos de la juventud entre los 14 y 29 años, aunque otros los restringen entre los 18 y los 29 años (Ghiardo, 2004: 18).

ción entre dos fuerzas: las del mundo adulto y sus instituciones de control, y la resistencia de los “recién llegados” a tomar el lugar que la situación dominante les tenía asignado. Siguiendo al mismo autor, entendemos que el sujeto joven –al ser relacional–, no puede comprenderse ni en sí mismo ni por sí mismo. “Este conflicto está articulado a la confrontación general que se produce en la sociedad y, por lo tanto, asume las determinaciones históricas que se desarrollan a su alrededor. En este marco, la representación social juventud se encuentra inmersa en el proceso de producción de sentido que tiene que ver tanto con condiciones objetivas de una estructura social específica, como con las relaciones simbólicas que la sustentan” (Perez Islas, 2000: 47). En el mismo sentido, Mariana Chaves sostiene que la juventud es una noción que cobra significado únicamente cuando podemos enmarcarla en el tiempo y en el espacio, es decir, reconocerla como categoría situada en el mundo social (Chaves, 2006).

Si acordamos con estos planteos, podemos concluir que el sujeto joven está constituido en y por una trama material y simbólica en el marco de correlaciones de fuerzas –también materiales y simbólicas–, en el seno de formaciones sociales concretas. Por ende, no existe *un* sujeto joven sino una multiplicidad de posibilidades de constitución, aparición y presentación de ese sujeto en el mundo social. Así, cuando se piensa a la juventud como portadora de una misión determinada, rebelde, apática o bien como período preparatorio para la vida adulta, se hace referencia a uno de los modos específicos en que se produce juventud (Martín Criado, 1998) y no a un ser joven unívoco y homogéneo (mirada “esencialista”)⁷. Hay otras juventudes, otras tramas materiales y simbólicas que las constituyen. De este modo, en este libro hablamos de *juventudes* en plural.

7. Las miradas esencialistas de la juventud, suelen ser tributarias de determinadas perspectivas instaladas como hegemónicas. Al respecto, luego de una revisión exhaustiva y crítica acerca de las perspectivas desde donde se ha pensado –y enunciado– a la juventud en América Latina, Chaves (2010) concluye que “las miradas hegemónicas sobre la juventud latinoamericana responden a los modelos jurídico y represivo del poder (...) están signadas por el gran NO: es negada (modelo jurídico) o negativizada (modelo represivo), se le niega la existencia como sujeto total (en transición, incompleto, ni niño ni adulto) o se negativizan sus prácticas (juventud problema, juventud gris, joven desviado, tribu juvenil, ser rebelde, delincuente)”. Así, esta autora coincide con la perspectiva general de Perez Islas (2000) cuando menciona que “lo joven adquiere desde la institución, un estatus de indefinición y de subordinación; a los jóvenes se les prepara, se les forma, se les recluye, se les castiga y, pocas veces, se les reconoce como otro. En el mejor de los casos, se les concibe como sujetos sujetados, con posibilidades de tomar algunas decisiones, pero no todas; con capacidad de consumir pero no de producir, con potencialidades para el futuro pero no para el presente” (Chaves, 2010).

Entonces, nuestra perspectiva busca confrontar con la idea de que los jóvenes, en cuanto tales, tienen mayor predisposición ya sea a la acción y a la participación o al desencanto con la política y a la retracción de los compromisos públicos. Siguiendo a Marcelo Urresti, para comprender a los jóvenes es preciso “más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir” (2000: 178).

Antes de avanzar, nos interesa hacer una propuesta más para abordar las relaciones entre juventudes y políticas. Pensamos que reactualizar la noción de *generación* es muy fructífero para realizar este tipo de análisis. La generación no puede ser considerada como una mera cohorte, puesto que –como ya lo había señalado Mannheim (1993 [1928])– la sola contemporaneidad cronológica no es suficiente para definir una generación. Por el contrario, la idea de generación, antes que a la coincidencia en la época de nacimiento, “remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado” (Margulis y Urresti, 1996: 26). Sin embargo, una generación tampoco puede comprenderse sólo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que –para ser tal– debe poner en juego de una u otra forma, criterios de identificación común entre sujetos que comparten un problema⁸.

Entonces, el vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura, a partir de la cual se crean mecanismos de identificación y reconocimiento en tanto parte constitutiva de un nosotros (Lewkowicz, 2004). Este autor argentino propone definir una generación no como aquello ligado directamente a la edad de los individuos, o a la proximidad en las fechas de nacimiento. Una generación se configura cuando se tienen problemas en común que se expresan en una experiencia alteradora, y en ese sentido, las generaciones se caracterizan, también, por sus movimientos de ruptura:

“una generación se constituye cuando el patrimonio legado se disuelve ante el embate de las circunstancias. Un saber transmitido se revela insolvente. Tenemos un problema: de esto no se sabe. Si nos constituimos subjetivamente como agentes de lo problemático del problema, advenimos como generación” (Lewkowicz, 2004).

8. Para ampliar este punto ver Bonvillani, Palermo, Vázquez y Vommaro (2010).

En una palabra, una generación parece surgir a partir de una experiencia originaria, como punto en el que se constituye una nueva sensibilidad, un adoptar un lugar en una escena.

En la dinámica histórica, como lo señala Bauman (2007) las generaciones pueden sucederse, pero también superponerse. De esta manera, el conflicto intergeneracional se expresa en las dinámicas políticas, sociales y culturales de las sociedades en los que se producen. Además, en un mismo momento histórico pueden coexistir –muchas veces en tensión– diferentes maneras de producir juventud y de ser joven (Ghiardo, 2004: 44). Así comprendidos, los jóvenes *son producidos* –por el sistema de dominación–. En tanto colectivos organizados *producen* –resistencias, prácticas alternativas, creaciones, innovaciones–, y se producen, generando estéticas, modos de ser y subjetividades que los singularizan.

Al remarcar la importancia de analizar las expresiones que adquiere la participación política entre los jóvenes remitiéndonos al concepto de generación, nos distanciamos tanto de la consideración de la juventud en clave biológica, como también de la idea de que ésta pueda ser asociada –en tanto parte del ciclo de vida– con una predisposición específica hacia la participación política; ya sea para la mayor implicación juvenil, como hacia la retracción de su compromiso político⁹. En definitiva, nos alejamos de las posturas que remarcan tanto la apatía y el desinterés, como el compromiso y la rebeldía como rasgos distintivos de las juventudes actuales.

En los años noventa, algunas visiones proponían que la denominada crisis de representación se traducía, especialmente entre los jóvenes, en la ausencia de toda forma de organización y acción colectiva. Desde esta óptica, la crisis de la política –entendida como sistema de representación institucional y liberal– expresaba, al mismo tiempo, la crisis de la participación política juvenil (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998). Sin embargo, a partir de las investigaciones en las que se basa este libro, decimos que las nociones de apatía, desinterés o desencanto aludían a la falta de legitimidad y de compromiso entre los jóvenes hacia *determinadas* formas de la política; es decir, no significó el rechazo a la política como tal, entendida como discurso y como práctica relacionados con la construcción social de lo común. Entonces, el desinterés, la apatía o desencanto no tienen por qué traducirse en la idea de que las nuevas generaciones no valoraban las

9. Por ejemplo, Margulis y Urresti (1996) realizan una crítica a los análisis de la juventud desde las categorías de cesantía, aplazamiento o moratoria vital, caracterizándolos como problemáticos y poco productivos para los casos latinoamericanos y más aún si se trabaja con jóvenes de los sectores populares.

cuestiones públicas o, en otras palabras, que se trataba de generaciones despolitizadas.

Por el contrario, los diagnósticos sobre el alejamiento y el descompromiso podrían permitirnos dar cuenta del modo en que se produjo un distanciamiento de los jóvenes de la política entendida en términos representativos e institucionales. Esto es, la disminución de la participación en prácticas políticas que podemos denominar clásicas, así como el alejamiento y la desconfianza hacia las instituciones y actividades convencionales de implicación en la esfera pública. En el mismo sentido, podemos analizar los modos en los que la politización se produjo a través de otro tipo de prácticas o a través de otros canales que se alejaron relativamente de las vías institucionales conocidas de la política.

Es así como la consideración de los jóvenes como generación, nos permite aprehender un conjunto de relaciones sociales y políticas en las cuales éstos se encuentran inmersos, así como también los procesos socio-históricos que constituyen la dinámica del cambio social. La generación incluye así, el contexto de socialización —más amplio— en el cual una determinada cohorte se apropia, y al mismo tiempo resignifica, las prácticas sociales y políticas del mundo en el que habita. Es este proceso de apropiación y modificación lo que posibilita la ruptura y la innovación características de muchas experiencias políticas juveniles.

Los procesos de politización

Las discusiones teóricas y empíricas acerca de los vínculos entre juventudes y políticas signaron los estudios de juventudes en los últimos años, tanto en la Argentina como en América Latina. Así, los diagnósticos de efervescencia o de apatía, o bien, de novedades, alternativas y retornos se suceden y superponen en los trabajos académicos y en los debates públicos. Para avanzar en estas cuestiones creemos necesario abordar las transformaciones que experimentó la política en los últimos treinta años y explorar la diversidad de prácticas, formas organizativas y asociativas, construcciones identitarias y culturales y modalidades de subjetivación política que produjeron los jóvenes en sus experiencias de participación.

Los lugares y las formas de la política tienen diversos modos de expresarse y resolverse: las instituciones político estatales y representativas son unas, como así también los movimientos sociales, en tanto modalidades y colectivos que, por fuera de la institucionalidad estatal instituida, persiguen objetivos públicos y construyen modos de disputar dirección y gobierno (Tapia, 2008). Por otra parte, coincidimos con Jelin en que lo político no

es un a priori o esencia: diferentes contenidos (incluso algunos considerados tradicionalmente privados o íntimos) pueden asumir carácter público y confrontativo y así politizarse (Jelin, 1989). Podríamos avanzar aún más y sostener que algunas prácticas culturales juveniles –aún cuando no han sido concebidas como políticas por los actores que las protagonizan– han sido leídas como modos de expresión de politicidad, en tanto “modos de contestar al orden vigente y formas de insertarse socialmente” (Reguillo, 2003a), o bien de intervenir en el espacio de “lo común” (Nuñez, 2010). Así, prácticas como el arte callejero, determinados consumos culturales y determinadas expresiones en el marco de las denominadas culturas juveniles han revelado, para algunos investigadores, un carácter político.

Como presentamos en la introducción, pensamos que la noción de politización permite abordar el proceso de ampliación de las fronteras de lo político que se produjo en la Argentina y en América Latina en los últimos cuarenta años. En efecto, la politización de las relaciones y los espacios cotidianos diluyó ciertas fronteras entre lo privado y lo público produciendo un avance de lo público en tanto producción de lo común y territorio de la política. Desde esta mirada, la política es una producción relacional y dinámica, en proceso; y los jóvenes son protagonistas fundamentales de estas transformaciones de las formas de la política, con sus innovaciones y continuidades respecto a modalidades anteriores (Vommaro, 2013a).

Ahora bien, aunque sostenemos que las formas de expresión, producción y práctica de la política pueden multiplicarse y que existen diferentes modos de intervenir en y producir lo público; y partimos de que la política en los jóvenes excede lo instituido, también asumimos que es necesario precisar en qué momentos y situaciones una práctica, una experiencia o una organización se politizan, es decir adquieren carácter público, conflictivo y colectivo. En este sentido, creemos que la politicidad, o la dimensión política de una práctica o producción, es más una hipótesis, un punto de llegada, que un supuesto de partida. Así, pensamos la politicidad también en términos de la potencialidad política que pueden conllevar las prácticas culturales juveniles. Retomamos entonces las propuestas que realizamos en un texto colectivo junto a Bonvilliani, Palermo y Vázquez (2010) en el que sosteníamos que: “la politización es un potencial u horizonte constitutivo de cualquier vínculo social. Sin embargo, para atribuirle carácter político a un colectivo y a un sistema de prácticas sociales, consideramos que es preciso reconocer, al menos, cuatro aspectos: 1) que se produzca a partir de la organización colectiva; 2) que tenga un grado de visibilidad pública (ya sea de un sujeto, de una acción o de una demanda); 3) que reconozca un antagonista a partir del cual la organización adquiere el po-

tencial político; 4) que se formule una demanda o reclamo que adquiera un carácter público y contencioso”.

A partir de lo dicho, sostenemos que en las últimas décadas es posible observar entre los jóvenes un doble desplazamiento. En primer lugar, desde las formas clásicas de organización y participación política hacia otro tipo de espacios y prácticas, en los que no sólo no rechazaban la política, sino que se politizaban sobre la base de la impugnación de los mecanismos delegativos de participación y toma de decisiones. Este es el movimiento que signó los años ochenta y –más fuertemente– noventa (podríamos fecharlo en el período 1983-2002/3). En segundo lugar, una trayectoria que marca una nueva parábola de recomposición de la política partidaria e institucional centrada en el estado; un reencantamiento con lo público estatal y con las formas clásicas de participación política. Es decir, el surgimiento de organizaciones que se nombran o autoperciben como juveniles, que se constituyen desde o en diálogo fluido con el estado y encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos (que denominan progresistas o populares) espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos están vinculados a juventudes partidarias y que en todos los casos se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan (Rodríguez, 2012). Esta es la dinámica que marca el proceso de recomposición que caracterizó a la Argentina luego de 2003. Sin embargo, este regreso de la política vinculada a los partidos y a los canales institucionales propuestos desde el estado no será una réplica de momentos anteriores. Al contrario, se asentará sobre nuevas bases caracterizadas por dos nociones fundamentales: territorio y politización.

En definitiva, intentando distanciarnos de las miradas esencialistas de la juventud –como mencionáramos–, en este libro pensamos a los jóvenes como sujetos activos y potentes para de este modo analizar sus posibilidades y sus producciones contextualizadas. De esta manera, proponemos un análisis centrado en su protagonismo político, en el marco de las particulares condiciones sociohistóricas que experimentaron y en las que han intervenido de determinadas maneras.

Al concebir las juventudes a partir de la noción de generaciones y al resaltar su dimensión relacional, es ineludible asumir también el vínculo que se establece con otras generaciones, es decir las dinámicas intergeneracionales. De este modo, asumiendo la diversidad de lo político, pero planteando una hipótesis de delimitación e identificación de los procesos de politización, en los capítulos siguientes mostraremos las características y las formas en la que los jóvenes intentaron, se involucraron, constru-

yeron e hicieron política en los últimos treinta años en la Argentina y en América Latina.

CAPÍTULO II

Las juventudes argentinas: dinámicas históricas y transformaciones

En este Capítulo realizaremos un recorrido a través de las formas de organización y participación política de las juventudes en la Argentina de los últimos treinta años, es decir, desde la restauración de la democracia en 1983 hasta la actualidad. Veremos las múltiples relaciones que se desplegaron en el país entre juventudes y políticas, tanto desde las producciones juveniles, como desde los estudios académicos acerca de ellas y las políticas públicas de juventud.

En efecto, uno de los rasgos sobresalientes del período es la consolidación del sujeto juvenil como activo protagonista de la vida política y el conflicto social en la Argentina. No exentos de cambios, discontinuidades y tensiones, los modos de participación, militancia y movilización que produjeron los jóvenes signaron la dinámica del proceso político argentino en estos años.

Para comenzar, retomaremos y actualizaremos un trabajo colectivo que elaboramos junto a Bonvillani, Palermo y Vázquez en 2010; donde, para realizar un recorrido por los textos académicos producidos acerca de las juventudes entre los años sesenta y la actualidad, estudiamos la emergencia del sujeto juvenil en la Argentina de la democracia y propusimos una periodización sobre las formas de participación y presencia pública de las juventudes a partir de 1983, que fue retomada por otros autores.

En el artículo citado, que retoma algunas de las formulaciones de Mariana Chaves (2006), proponemos tres momentos para abordar la producción académica sobre los jóvenes, que siguen los cambios políticos, económicos y sociales del período. Un primer momento se delimita desde la restauración democrática hasta el fin del gobierno de Alfonsín (1983–1989). Así, 1989 marcó un momento de quiebre respecto de las expectativas construidas en torno a la posibilidad de consolidar un modelo estable

de democracia y bienestar que resuelva la cuestión social pendiente y abierta por la dictadura. La restauración de la democracia era interpretada como oportunidad para “restituir la política en su lugar”. De esta manera, en esos años se definieron los contornos de la “buena política”, cuyo actor principal era el ciudadano; el acto político por excelencia la participación en los actos eleccionarios a través del voto, y la representación política debía articularse por los partidos políticos (Merklen, 2005). Un segundo período relevante para este análisis se ubica en lo que denominamos la larga década neoliberal (1989-2001). En este período, y en el siguiente, se comenzaron a hacer evidentes los límites de la idea que había primado en el momento de la transición democrática. La democracia, lejos de haber puesto la política en su lugar, iba mostrando el abismo creciente entre las aspiraciones de los ciudadanos y las instituciones políticas, la falta de credibilidad hacia los políticos y la baja estima hacia los procedimientos partidarios para seleccionar candidatos capaces de representar al electorado (Novaro, 1995). De ahí la importancia que cobra la emergencia de modalidades de organización colectiva y participación política por fuera de las vías institucionales de implicación con la política, creándose nuevos repertorios de movilización social, demandas y actores político-sociales. De este modo, se mostraron los límites del concepto de ciudadanía como vía privilegiada de participación en la vida pública (Merklen, 2005). En esta etapa se profundizan los efectos de las políticas neoliberales en diferentes planos: social, político, educativo, laboral, económico, cultural, entre otros. Este período estalló a fines de 2001 cuando se produjeron las jornadas del 19 y 20 de diciembre, que expresaron las consecuencias sociales de lo que se denominó “sociedad excluyente” (Svampa, 2006), como también los límites del sistema institucional tradicional para procesar las demandas de los actores movilizados. Llegamos así a los años de la post crisis de 2001, que abre un nuevo período que se extiende –no sin rupturas– hasta la actualidad. Así, estos años pueden subdividirse en dos momentos. En el primero, continúa el ciclo de movilización anterior, que culmina con la denominada Masacre del Puente Pueyrredón, el 26 de junio de 2002, en la que fueron asesinados dos jóvenes piqueteros¹⁰. El segundo se inicia con

10. El 26 de junio de 2002 fueron asesinados por la represión policial dos jóvenes piqueteros que formaban parte de las organizaciones que cortaban el Puente Pueyrredón (que une el sur del Gran Buenos Aires con la Capital Federal). Los jóvenes asesinados fueron Darío Santillán (21 años) y Maximiliano Kosteki (22 años). El primero era un miembro muy activo y reconocido, a pesar de su juventud, del MTD de Lanús. El segundo se había incorporado recientemente al MTD de Guernica. Ambos MTD integraban, junto al MTD de Solano, los MTD Aníbal Verón, coordinadora de organizaciones de trabajadores desocupados muy activa en la época.

la gestión de Néstor Kirchner (2003-2007), continúa hasta las presidencias de Cristina Fernández de Kirchner, y se caracteriza por una relativa recreación de la legitimidad gubernamental y la búsqueda por promover una recomposición de los espacios políticos institucionales ligados al sistema político y al estado.

A continuación, profundizaremos en cada uno de los períodos presentados.

El encantamiento ciudadano: 1983-1989

El gobierno de Raúl Alfonsín asumió como uno de sus desafíos construir una cultura política democrática, ausente en la sociedad argentina de ese momento. Así, la democracia fue concebida como un conjunto de instituciones fundadas en el estado de derecho, en el sistema político republicano y, por ende, en el sufragio y el funcionamiento de los partidos como el mecanismo de participación por excelencia. En definitiva, la “buena política” se centraba en la figura del ciudadano.

El primer rasgo saliente en torno al vínculo entre políticas y juventudes, es que todos los partidos vieron nutridas sus filas por militantes jóvenes. Si bien muchos de ellos hicieron su primera experiencia política en estos años, otros tantos habían sido militantes secundarios, barriales o universitarios antes del golpe de estado de 1976 y volvían a participar de la vida pública luego de los años de dictadura¹¹. La juventud oficialista –principalmente agrupada en la Junta Coordinadora Nacional– tuvo en la gestión de gobierno un lugar privilegiado: ocuparon puestos clave en el estado y en roles legislativos y ministeriales. Estos jóvenes fueron el núcleo más dinámico del llamado alfonsinismo. Durante las elecciones de 1983, se constituyeron como la principal herramienta de reclutamiento y organización del partido, impulsando el rejuvenecimiento de sus bases y el estallido de afiliaciones individuales y actos masivos.

En una vocación fundacional, la gestión alfonsinista se propuso democratizar las instituciones e interpeló especialmente a la juventud para construir la democracia en diversos ámbitos. Se derogó la ley universitaria

11. No nos ocuparemos en este libro de las formas de militancia y participación políticas juveniles en el período 1976-1983. Para eso, podemos remitir a anteriores trabajos de mi autoría (Vommaro, 2010 y 2013). Adelantaremos aquí que durante esos años existieron modalidades de organización y participación en forma menos visible y más situada. Lugares de trabajo, barrios, ámbitos religiosos y organismos de derechos humanos fueron espacios de militancia juveniles por fuera de los canales institucionales y muchas veces planteando alternativas a las prácticas conocidas y usuales en el período anterior.

vigente y se restablecieron los estatutos universitarios promulgados antes de 1966. A partir de recuperar su autonomía, muchas universidades aprobaron el ingreso irrestricto, por lo que la cantidad de estudiantes universitarios aumentó de aproximadamente 416.000 en 1983 a más de 700.000 en 1986. Por supuesto, la apertura universitaria implicó una reactivación de la política estudiantil. La vida de los Centros de Estudiantes se organizó en agrupaciones vinculadas fuertemente con los partidos políticos. Franja Morada, ligada a la UCR, fue la principal agrupación universitaria, que mantuvo su hegemonía frente a la izquierda y al peronismo en la mayoría de los centros de estudiantes hasta 1987. La Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Universitaria Intransigente (JUI) y expresiones del trotskismo, como el Movimiento al Socialismo (MAS), también tuvieron un crecimiento en esos años como brazos universitarios de sus respectivos partidos. La derecha también estuvo representada y la agrupación universitaria UPAU (expresión juvenil de la Unión del Centro Democrático) se postuló como una nueva forma de hacer política, poniendo en primer plano los asuntos gremiales específicamente estudiantiles, como condiciones de cursada y bienestar estudiantil, entre otros.

En las escuelas secundarias, se reabrieron los centros de estudiantes y se dictaron normativas específicas para regular su funcionamiento. Se trataba de promover una cultura ciudadana, considerando a la escuela como un espacio privilegiado para el *aprendizaje* democrático. Así, el retorno democrático impulsó la conformación masiva de centros de estudiantes —al menos en el área metropolitana—, estando representadas tanto las juventudes partidarias como los grupos independientes. Sin embargo, no necesariamente todas las formas de participación promovidas eran legitimadas para los jóvenes secundarios. Las normativas incentivaban la formación de centros de estudiantes, pero establecían explícitamente que éstos debían quedar fuera de la política partidaria. Las actividades de los centros estudiantiles deberían privilegiar las acciones solidarias, la gestión de mejoras para la escuela, el cuidado del medio ambiente y la puesta en práctica de mecanismos democráticos y participativos para tomar estas decisiones. Esta concepción de la “buena participación” destinada a los jóvenes, implicó que hubiera sólo una forma legítima de participar en el ámbito escolar. Como bien sintetiza Enrique (2011: 85):

“la democratización de la escuela secundaria formó parte, de un proyecto político más amplio que depositaba en ésta, entre otras instituciones como las universidades, los sindicatos, el parlamento y los partidos políticos, la tarea de contribuir a refundar la ‘cultura política’ argentina. Para ello la escuela debía aportar a la instauración de un nuevo modelo de “civismo democrático” con identidades políticas acordes a la nueva época. Se trataba de dejar en el pasado tanto al sujeto heterónimo y pasivo moldeado por los gobiernos auto-

ritarios como el criticismo radicalizado del sujeto revolucionario de los inicios de los setenta y fomentar un perfil de sujeto moderado, tolerante, educado, participativo, con valores éticos. De este modo, los Centros de Estudiantes constituyeron una de las vías privilegiadas a través de las cuales el gobierno intentó llegar a las zonas más profundas de la socialización política de los jóvenes y producir fuertes identificaciones con los valores del liberalismo político y con el nuevo modelo de "civismo democrático".

Este intento de limitar y controlar las prácticas políticas fue resistido por la Federación de Estudiantes Secundarios Metropolitana, que realizó la denominada "Marcha por la Libre Agremiación" en 1984, reclamando mayores márgenes de libertad para ejercer actividades gremiales en las escuelas. Diversas movilizaciones estudiantiles se sucedieron durante ese año y el siguiente con la misma demanda.¹²

Estos años también fueron los de la creación del primer organismo público nacional en la Argentina dirigido a las juventudes. Si bien había habido una fugaz experiencia durante el gobierno de Cámpora, al calor de la proclamación de 1985 como el Año Internacional de la Juventud por parte de las Naciones Unidas, en 1986 se creó un área de Juventud dentro de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia. Un año más tarde se estableció la Subsecretaría de la Juventud de la Nación, en cuyo ámbito funcionó la Comisión Interministerial de la Juventud, que constituyó el primer intento por articular y coordinar las políticas públicas dirigidas a los jóvenes entre las distintas áreas del estado nacional¹³.

Por otra parte, la formación de la CONADEP¹⁴ y el denominado Juicio a las Juntas mostraron el horror de la dictadura, a la vez que la legitimidad de la justicia republicana y constitucional. Este proceso conmovió especialmente a los jóvenes y emergieron un conjunto de significados que fueron estructurantes de la participación juvenil: los derechos humanos se convertirían en una bandera asumida también por los jóvenes. Esto se vio reflejado en la multitudinaria participación juvenil en las dos marchas convocadas por organismos de derechos humanos en 1985. Asimismo, en estos años salió a la luz pública y el conocimiento masivo el episodio nom-

12. También solicitaban aumento del presupuesto educativo (en ocasiones, enlazado al no pago de la deuda externa), carnet estudiantil, y otras demandas vinculadas a lo pedagógico, como la discusión de nuevos planes de estudio (Larrondo, 2013; Enrique, 2011).

13. Para ampliar acerca de las transformaciones en los organismos de política pública de juventud en la Argentina, ver el artículo de Nuñez, Vázquez y Vommaro (2015).

14. La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas fue creada por el presidente Raúl Alfonsín el 15 de diciembre de 1983, con la misión de investigar y documentar los crímenes de la dictadura cívico-militar. El informe de esta Comisión se publicó con el nombre de *Nunca Más*.

brado como *La noche de los lápices*; que se convertirá en un emblema del movimiento estudiantil secundario. La interpretación de estos hechos estará guiada por el mensaje transmitido por los artefactos de memoria que posibilitaron su narración y estado público: el libro, la película y el testimonio de Pablo Díaz, sobreviviente de la represión sufrida por los estudiantes que protagonizaron aquellas acciones (Lorenz, 2004). Así, el episodio se constituyó como un emblema de la arbitrariedad y la brutalidad de la dictadura y en símbolo de la lucha por el boleto estudiantil. A partir de entonces, las marchas y conmemoraciones en torno a esta fecha (16 de septiembre), tanto en el despliegue callejero como en su convocatoria y organización, pueden ser leídas como una oportunidad organizativa y militante para las agrupaciones estudiantiles. Año a año, los actos por La noche de los lápices no sólo los hacen visibles en el espacio público, sino que van a enlazar la construcción de memoria y el pedido de justicia con el planteo público de las demandas educativas específicas de cada momento. Se traza así, un paralelismo entre la pasada lucha por el boleto estudiantil y las luchas del presente. Estas se resignificarán en las distintas coyunturas, pero adquirirán un peculiar carácter confrontativo en los tiempos de resistencia a la reforma educativa de los años noventa (Larrondo, 2013).

En cuanto a una dimensión más específicamente artística y cultural, la apertura democrática generará una multiplicación y una suerte de destape de expresiones culturales de todo tipo. El rock nacional se constituyó en un movimiento que excedía lo musical y se conformaba como un espacio de participación y de politización juvenil (Vila, 1989). En el retorno democrático, sostiene este autor, este movimiento cultural se verá desafiado en cuanto a su lugar social. Por un lado, el recital dejará de ser el ámbito privilegiado de encuentro y contestación como expresión de la politicidad juvenil. Por otro lado, se diversificó la producción artística y se multiplicaron los seguidores. Esta diversificación de espacios y masificación de públicos conllevó algo que muchos artistas advirtieron como riesgo: la comercialización que, según decían, haría perder la mística y la actitud rockera. Se generará entonces un circuito *under*, que crecerá en los años ochenta y comienzos de los noventa. Comenzaron a distinguirse así aquellas bandas comerciales asimiladas a lo dominante, de aquellas que marcan tendencias y plantean como irrenunciable la dimensión crítica del rock. En definitiva, si bien el rock va a convivir con otros espacios participativos y será un ámbito de politización y expresión pública juvenil, para muchos jóvenes continuará siendo un auténtico –y en ocasiones exclusivo– modo de vida y espacio de sociabilidad (Vila, 1989).

Tras los primeros años de democracia, los alzamientos militares, las protestas sociales y sindicales, la crisis de la deuda, la hiperinflación y el consecuente deterioro de las condiciones de vida, minaron la legitimidad y el consenso del gobierno radical. Se sumó a ello la desilusión y el retroceso en los derechos humanos que significó la aprobación de las leyes denominadas de Punto Final y Obediencia Debida, en 1986 y 1987, respectivamente. En definitiva, todas o casi todas las promesas de la democracia quedaban incumplidas. La desilusión, sumada a la entrega anticipada del poder en 1989 de Alfonsín a Carlos Menem, marcará el inicio de una nueva época, y cambiará los modos de relación entre los jóvenes y la política.

La impronta de la nueva época fue haciéndose evidente desde las primeras medidas de gobierno menemista. Los rasgos privatistas fueron inmediatamente advertidos por las juventudes políticas. El nuevo modelo económico degradaba aspectos fundamentales de la cultura política argentina. Especialmente, los derechos adquiridos, fuertemente arraigados en la vida cotidiana de las personas y en sus valores. Una de las amenazas más resistidas fue la reforma educativa, que fue percibida muy tempranamente como un atentado al carácter público y gratuito de la educación. Entonces, el peronismo se vio conmovido en su identidad y sus demandas históricas. La UCR, desprestigiada por la experiencia hiperinflacionaria y las leyes que limitaban la justicia por el terrorismo de estado, sufrió también una crisis en cuanto a su capacidad representativa. La izquierda atravesaba una importante fragmentación tras la muerte de Nahuel Moreno en 1987, ya raíz de la caída del Muro de Berlín en 1989 y de la Unión Soviética en 1991. De esta manera, la juventud militante de distintos signos políticos sufrió una gran desilusión y muchos de ellos se alejaron de sus partidos de origen. La denominada crisis de representación se vio reflejada también en la pérdida de credibilidad de los liderazgos políticos.

A propósito de los cambios que sobrevendrían en la militancia universitaria en aquellos años, en un trabajo anterior señalamos que:

“1989 no sólo marcará las crisis puntuales de estas diversas formas políticas, sino que el quiebre será aún mayor: será todo un modelo de militancia partidaria (sea “burguesa” y “democrática”, o “proletaria” y “revolucionaria”) lo que entrará en profunda crisis (...) Así llegamos a los años noventa, con una militancia, primero destrozada por la dictadura militar y, luego desilusionada y en crisis, sin espacios estables para militar y sin “modelo revolucionario” al que recurrir. Muchos abandonarán la militancia activa y se mantendrán a la espera de nuevas configuraciones políticas. Otros, en cambio, se refugiarán en múltiples militancias de base (en los barrios, en los sindicatos, en la Universidad)

desde las cuales, “a la defensiva”, intentarán resistir un proyecto neoliberal cada vez más sólido y excluyente. “A la defensiva” implica, en principio, concebir sus nuevos espacios de militancia como refugio, como trinchera, como un espacio que ofrece resguardo mientras se espera un nuevo “modelo” y un nuevo “espacio orgánico-partidario” de militancia. Pero el quiebre ha sido profundo y, lentamente, se evidencian nuevas condiciones que será necesario asumir.” (Picotto y Vommaro, 2010: 153).

A partir de lo dicho, podríamos sintetizar la dinámica de este período planteando que la restauración democrática en 1983 abrió múltiples expectativas en cuanto a la posibilidad de retornar a un estado de derecho que permitiera poner fin a la dictadura y recuperar las condiciones de vida degradadas por las políticas impuestas a fuerza de represión.

Esto es lo que permite comprender la intensa participación política en partidos durante los primeros años de la democracia. Fueron especialmente los jóvenes aquellos que más compromiso mostraron en cuanto a las distintas formas de participación. Por un tiempo, entonces, para muchos jóvenes la política podía ser entendida como sinónimo de participación en las instancias de una democracia representativa (Sidicaro, 1998). Sin embargo, estas concepciones acerca de que la democracia pondría las cosas en su lugar y recuperaría tanto la legitimidad del sistema político como los derechos sociales y económicos conculcados mostró sus limitaciones. La desilusión generada a partir del no cumplimiento de las expectativas impulsadas desde el propio gobierno, sumada a la crisis económica y social de 1989, prepararon el clima político para la erosión del consenso sobre lo público estatal y la implantación de las políticas neoliberales de los años noventa.

De desilusiones, creaciones y alternativas: las juventudes y las políticas en la larga década neoliberal (1989-2001)

La década de los noventa —que de acuerdo con la perspectiva con la que la estudiamos se extiende entre 1989 y 2001— es un momento en el que podemos destacar al menos tres procesos, en cuanto a las relaciones entre juventudes y políticas. Por un lado, el ya señalado desencantamiento con las formas clásicas de la política expresadas en los partidos políticos, sindicatos, y el sistema político en general. En segundo término, este alejamiento de la política institucional es acompañado por una expansión de espacios alternativos de producción política, en general vinculados al trabajo barrial —que denominaremos territorial—, a ámbitos sociales o culturales y a dinámicas que buscan la horizontalidad, la autonomía y la par-

ticipación directa, discutiendo la política estadocéntrica, la representación o delegación y el verticalismo. En tercer lugar, estos fueron los años de surgimiento sistemático de un campo de estudios sobre juventudes en la Argentina y en América Latina. En efecto, luego de algunos trabajos pioneros de los años ochenta –que siguieron elaboraciones anteriores en Europa y Estados Unidos–, en los noventa se produjeron diversas investigaciones que tematizaban las problemáticas juveniles en diferentes dimensiones¹⁵.

Como adelantáramos, la década de 1990 fue leída inicialmente como un momento de crisis de los vínculos entre el sistema representativo formal y la ciudadanía. Esto dio lugar a análisis que la caracterizaban como una época de despolitización y apatía, sobre todo entre los jóvenes. Sin embargo, en este libro proponemos analizar estos años como un momento de ensayo y emergencia de prácticas políticas disruptivas y alternativas, que se expandieron hacia ámbitos que antes no eran considerados políticos. Así, las investigaciones acerca de la participación política de los jóvenes dialogan y se entrecruzan con los estudios sobre prácticas estéticas y culturales juveniles conformadoras de grupalidades, donde diversos investigadores analizan no solamente las denominadas culturas juveniles, sino otras formas de politicidad juvenil. De este modo, el diagnóstico producido por reconocidos investigadores acerca del rechazo hacia la política por parte de los jóvenes (Urresti, 2000; Ballardini, 2000; Sidicaro, 1998; Tenti, 1998), fue contestado en años posteriores, por al menos dos tipos de hallazgos. El primero, desde una concepción amplia de la política, surgieron estudios que destacaban la politicidad de ciertas prácticas culturales y estéticas de las juventudes (Reguillo, 2003b; Chaves, 2006; Borelli, 2012). El segundo, daba cuenta de la emergencia de otras formas de hacer política por parte de los jóvenes (Bonvilliani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2010; Vázquez y Vommaro, 2008; Vommaro, 2009 y 2010). Se resalta así la emergencia de colectivos juveniles que a partir de su inserción en organizaciones de derechos humanos, agrupaciones estudiantiles universitarias, artísticas, culturales y barriales, participan políticamente de modo activo y con formatos alternativos a los entonces dominantes. Estos colectivos se distancian y rechazan los vínculos con los partidos políticos, sindicatos o iglesias y se organizan a partir de relaciones horizontales, impulsando mecanismos asamblearios de toma de decisiones e interviniendo en el espacio público mediante la acción directa. Es el caso de la agrupación HIJOS; de las organizaciones de jóvenes piqueteros; de las

15. Para ampliar esto se puede consultar, entre otros, los trabajos de Bonvilliani, Palermo, Vázquez y Vommaro, 2010; Chaves, 2006; y Chaves y Nuñez, 2012.

agrupaciones universitarias consideradas independientes y luego autónomas; y, más sobre el final de década y comienzos de los dos mil, de los bachilleratos populares surgidos en los movimientos territoriales o en las fábricas recuperadas. Estos otros modos de participación política juvenil, deben comprenderse en el contexto de emergencia de movimientos sociales que surgieron también en la década del noventa, portadores de una “nueva narrativa política que proclama de modo imperativo la opción de autonomía, desburocratización y democratización” (Svampa, 2008).

En definitiva, en este escenario de cambio, desilusiones y producción de resistencias a las políticas neoliberales, los jóvenes mostraron su capacidad de crear modalidades de compromiso y de participación política por fuera y en directo cuestionamiento a las vías institucionales clásicas de militancia. Haremos referencia a continuación a seis de ellas, que expresan formas de producción política alternativa con fuerte impronta generacional.

1. *Los jóvenes piqueteros y los movimientos de base territorial.* Los nacientes Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs) fueron organizaciones con un alto protagonismo juvenil. Por eso, la dimensión generacional es una vía de ingreso para la comprensión de estas experiencias. Estas organizaciones surgieron en espacios barriales –aunque algunos de sus integrantes venían también del ámbito universitario–, donde comenzaron a esbozar nociones como las de *autonomía*, *democracia directa* y *horizontalidad* como orientadoras de su práctica política. En un comienzo, estas nociones se constituyeron en una suerte de guía para la acción, surgidas más que nada a partir de un conjunto de intuiciones que definían qué era lo que se rechazaba; pero aparecía menos claro aquello que se quería construir. Justamente en esta búsqueda y en este rechazo a partir de la experiencia cotidiana, las agrupaciones juveniles en los barrios comenzaron a definirse como independientes no sólo de los partidos, los sindicatos y el estado, sino también de las modalidades de deliberación y toma de decisiones sostenidas por aquéllos. Se buscaron formas de funcionamiento interno básicamente asamblearias, a partir de las que se intentaba contrarrestar la construcción de jerarquías internas y promover el ejercicio de la democracia directa, impulsando la participación del colectivo en el proceso de toma de decisiones y rechazando las formas delegativas y representativas de la política. En relación con esto, se pretendía fortalecer la formación política de sus integrantes, a partir de la reflexión sobre la práctica concreta que estaban desarrollando y de la constitución de grupos o comunidades de pertenencia basados en el despliegue de vínculos y de afectos. Se trataba de una práctica política

que se superponía con y se difundía en la vida cotidiana de sus miembros. Asimismo, se desarrollaba a partir de un tipo de intervención disruptiva, donde cobraba centralidad la acción directa. El *escrache* que instituyó HIJOS y el *corte de ruta* (o piquete) que instauraron los Movimientos de Trabajadores Desocupados, expresaron un tipo de acción en el que la ocupación y apropiación del espacio público sin mediaciones es central para comprender la dinámica política general, marcada por el pulso de las configuraciones generacionales.

2. *HIJOS*. La creación de Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (agrupación conocida por su sigla: HIJOS), entre 1994 y 1995, expresó la irrupción en la vida pública de otra forma de militancia en el ámbito de los derechos humanos. Como señala Bonaldi (2006), esto implicó, por un lado, la visibilización de los jóvenes en este campo, no sólo reclamando justicia, sino también reivindicando la lucha de sus padres. Así, la agrupación comenzó a intervenir públicamente no sólo en actos y marchas, sino también a partir de una manera de protesta y de intervención simbólica y política que se presentó como disruptiva: los escraches. Dado que a raíz de las leyes sancionadas en la segunda mitad de los años ochenta y luego de los indultos decretados por el presidente Menem la justicia no podía juzgar y condenar a los culpables, HIJOS se propuso promover la condena social y pública de los mismos. Es decir, ante la libertad de los genocidas y sus cómplices, los escraches buscaban identificarlos, que la sociedad y sus vecinos supieran quiénes eran, qué habían hecho, y quiénes habían sido sus víctimas. *Si no hay justicia, hay escrache*, era su lema. La intervención consistía en identificar el domicilio o lugar de trabajo de un genocida o cómplice, informar a sus vecinos de quién se trataba y qué había hecho, y generalmente hacer un acto público, que incluía pegatinas de fotos, pintadas y representaciones artísticas y culturales (murga, bandas de música, circo, entre otras). El papel de HIJOS en el conjunto de los organismos de Derechos Humanos representó y representa una voz visible y disruptiva, que ha sido fundamental en la difusión masiva –especialmente entre otros jóvenes– del alcance de los crímenes del terrorismo de estado; sosteniendo el incesante pedido de justicia. El escrache como repertorio de acción fue tomado por otras organizaciones y es representativo, además, de otras modalidades de intervención en el espacio público que surgieron en esta época, como el basurazo, los cortes de calle, los abrazos y las ocupaciones de edificios públicos, entre otras.

3. *El Colectivo 501*. Este colectivo estaba conformado por un conjunto de jóvenes en el que tuvieron una fuerte presencia integrantes de agrupaciones estudiantiles independientes de la Universidad de Buenos Aires. A inicios de 1999 este colectivo comenzó a reunirse para pensar prácticas políticas *más allá del voto*. Luego de extensas discusiones acerca de cómo y cuáles serían las expresiones alternativas de participación política que llevarían a cabo, deciden hacer uso del Código Electoral Nacional, que exime de la obligación de votar a quienes se encuentren a más de 500 kilómetros de su domicilio legal el día del comicio. Resuelven entonces tomar un tren que los sitúe más allá de la obligación de concurrir al acto eleccionario, más allá del voto, en el kilómetro 501. Si bien el efecto inmediato de esta acción disruptiva era el de sustraerse de la obligación del sufragio, el problema político que se planteaba no era únicamente electoral. No se trataba sólo de estar a favor o en contra, de participar o no participar de las elecciones, de apoyar a un candidato o candidata, de proponer otra opción electoral o de incitar al voto en blanco o nulo. Se trataba de la creación de una práctica política que impugnaba la restricción de la misma a un concepto democrático liberal, donde el voto expresa el acto ciudadano por definición. Por otra parte, el significado de esta experiencia expresa un modo de desobediencia –de rebelión– que no se sustenta en la confrontación directa sino en el éxodo, en el correrse de una situación (electoral) rompiendo las pautas que ésta propone. Así, a la tristeza, a la escasa intensidad de la participación político-electoral, y al sacrificio de la lucha que proponían los partidos de izquierda, este grupo opuso un éxodo alegre, festivo, intenso, juvenil. El 501 mostró una apuesta política por lo creativo, por lo experimental. Es significativo mencionar que el voto en blanco e impugnado fue uno de los elementos más llamativos tanto de la elección presidencial de 1999, como de las legislativas de octubre de 2001, donde el denominado “voto bronca” (nulos y blancos) ascendió al 20% del electorado, que sobrepasa el 40% si se considera a quienes se abstuvieron de votar.

4. *Resistencia a la violencia policial e institucional*. Durante estos años también surgieron nuevos organismos de derechos humanos vinculados a la denuncia contra las víctimas del gatillo fácil y la represión policial e institucional. El más significativo fue la CORREPI (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional). Los casos más resonantes de esta violencia estatal tuvieron como víctimas a jóvenes y adolescentes. Prácticas como la *razzia*, los operativos y detenciones por averiguación de antecedentes, torturas y actos discriminatorios, la persecución molecular que sufrían muchos jóvenes en sus barrios por integrar algún colectivo

territorial o sólo por su aspecto físico o vestimenta, nos llevan a concluir que durante estos años se recreó una política de criminalización de la juventud, y más aún, de los jóvenes pobres. Las acciones de protesta (marchas del silencio, movilizaciones, escraches) tuvieron entre los jóvenes protagonistas privilegiados. Asimismo, fue emergiendo un discurso de una politicidad creciente contra este tipo de violencias. Este relato que denunciaba la represión estatal hacia los jóvenes en democracia formó parte de una de las manifestaciones culturales más relevantes para los jóvenes: el rock nacional, que adquiría nuevas características musicales y narrativas. Autores como Semán y Vila (1999) o Citro (2008), muestran como se configura lo que denominan discurso *antiyuta*, visible no sólo en las letras de las canciones, sino en los recitales y en los cantitos y estribillos coreados por los jóvenes en rituales que incluían formas de expresividad corporal de mucho contacto e intensidad. Por otra parte, en ocasiones, la protesta y la reivindicación se unían, por ejemplo, en los festivales y recitales organizados por la CORREPI; por HIJOS y por otros organismos de derechos humanos de existencia anterior.

5. *Las expresiones artísticas en los barrios: el rock barrial, la cumbia y el arte callejero.* Los modos alternativos de expresión juvenil también se manifestaron en formas de arte popular que surgieron o crecieron en los barrios, sobre todo de los suburbios de las grandes ciudades (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Tucumán, entre otras). En general, estas manifestaciones artísticas tenían dos rasgos destacables: un fuerte arraigo territorial, que las ligaba al lugar en el cual habían surgido, y un contenido de protesta, disruptivo o que denunciaba los problemas sociales más graves del momento y el lugar en el que se gestaban. Un ejemplo de ello fue el Grupo de Arte Callejero (GAC), conformado en 1997. Este colectivo realizó numerosas y visibles intervenciones urbanas, muchas de ellas articuladas con el accionar público de HIJOS. En síntesis: acción directa, intervención en el espacio público, arte y estética volvían a confluir en las prácticas políticas de los jóvenes.

6. *Defender la educación.* El proceso conocido como reforma educativa —que incluyó la sanción de nuevas leyes de educación—, afectó a todos los niveles de enseñanza, a la estructura de gradualidad del sistema educativo y también a su financiamiento. La reforma no consistió sólo en la sanción de una nueva norma. Fueron los recortes presupuestarios, el estancamiento de los salarios docentes, la transferencia de los servicios de educación media, técnica y terciaria desde la Nación a las provincias sin las partidas de recursos necesarios para afrontarlas, la generación de

mecanismos tecnocráticos de medición de la productividad en las universidades, entre otras; las políticas que constituyeron el proceso de imposición de la racionalidad neoliberal en el sistema educativo. Es importante destacar que si bien la gratuidad no fue modificada y se lograron frenar procesos de mercantilización y privatización extremos como los que vivió Chile, las medidas impulsadas desde el gobierno menemista horadaron las bases de la educación pública, degradando su calidad y las condiciones de enseñanza-aprendizaje en todos los niveles. Si la lógica de mercado no fue implementada hasta las últimas consecuencias, fue gracias a la fuerte resistencia del sector educativo. La reforma fue enfrentada por los sindicatos docentes, por la comunidad de padres, y también por los jóvenes organizados tanto en los centros de estudiantes secundarios, como en las universidades. Marchas, jornadas de protesta y tomas de universidades se sucedieron a lo largo de todo el país durante estos años. Según el trabajo de Schuster *et. al* (2006: 39-40), durante el período 1989-2003 se registraron en la Argentina 5286 acciones de protesta. La mayor cantidad de ellas fueron realizadas por sindicatos, entre los que se destacaron los de trabajadores de la educación, que concentraron más de un tercio de las protestas sindicales del momento. Una de las principales acciones de resistencia y ocupación del espacio público fue la denominada Carpa blanca, que se instaló durante 1003 días frente al Congreso de la Nación (entre el 2 de abril de 1997 y el 30 de diciembre de 1999) como forma de denuncia de las leyes que atacaban la educación pública y gratuita. El estudio coordinado por Schuster destaca que luego de las protestas sindicales, los actores que protagonizaron mayor cantidad de acciones contenciosas fueron los estudiantiles, incluyendo universitarios, terciarios y secundarios. Esta movilización se dio, además, en una situación de transformación de las lógicas de organización estudiantil. Es posible sostener que los partidos políticos perdieron fuerza como elemento de identificación y como conducciones de los centros y federaciones estudiantiles. En cambio, emergieron nuevas formas de organización basadas en la independencia de los partidos, la construcción de otras demandas, otras narrativas identificatorias y canales de expresión alternativos. Este proceso de cambio en los modos de hacer política se produjo tanto en el sector universitario como en los secundarios.

Las diversas experiencias que hemos presentado no son más que algunas de las expresiones que conforman lo que el autor uruguayo Raúl Zibechi denominó “rebelión juvenil de los noventa” (Zibechi, 1997). En efecto, en esta década podemos observar la conformación de actores, formas organizativas, expresiones y presentaciones públicas que, aunque

desencantadas con las modalidades conocidas, no dejan de mostrar experiencias de politización relevantes en las cuales los jóvenes desplegaron su capacidad innovadora.

Estos diferentes casos nos permiten comprender un clima de época entre las juventudes. Es decir, la producción y asunción de problemas comunes, a partir de los cuales se constituyen experiencias de subjetivación política singulares, donde lo común se compone en la diferencia. Así, podemos identificar algunos rasgos de estas experiencias de impugnación de la política a partir de la reinención de la misma: la problematización en torno a la representación, como disparador para el desarrollo de otro tipo de mecanismos de toma de decisiones (asamblearios, horizontales, no delegativos); la incorporación como reflexión política, del lazo que ésta cimienta entre quienes conforman un nosotros; y la experimentación en torno a formas de protesta, confrontación o escenificación en el espacio público, que contribuyen a la conformación de lo que aquí llamamos *configuraciones generacionales de la política*.

Agotamiento y estallido: 2001-2002

El agotamiento del modelo conocido como convertibilidad, acompañado de un creciente endeudamiento externo y del empeoramiento de indicadores sociales como la pobreza o el desempleo, culminaron en una crisis política, económica y social con grandes movilizaciones callejeras que duraron varios días. Durante el transcurso del año 2001 se anunciaron recortes presupuestarios al sector universitario, de salud y docente en general; así como a salarios de jubilados, trabajadores estatales, y a los planes sociales. Estas medidas, impuestas entre los meses de marzo y agosto de 2001, generaron una importante oleada de movilizaciones de diversas organizaciones sociales que venían desarrollando sus acciones al menos desde mediados de los años noventa. Los jóvenes fueron protagonistas, tanto mediante su participación espontánea en las protestas callejeras, como a través de las organizaciones en las que participaban (piqueteros, estudiantiles, culturales, entre otras). El estallido social de diciembre de 2001, caracterizado por saqueos y protestas en todo el país, fue foco de una fuerte violencia represiva estatal. De los 39 muertos por la represión policial estatal, 34 tenían entre 13 y 30 años¹⁶.

Si la organización popular para resistir y proponer alternativas venía desarrollándose en los barrios en la década anterior, luego de las jornadas

16. Tomado de "Los muertos del 19/20 de diciembre de 2001", <http://www.lavaca.org/recuadros/los-muertos-del-19-20-de-diciembre-de-2001/> consultado el 2 de febrero de 2015.

de diciembre de 2001 los sectores medios urbanos también comenzaron a ensayar formas de participación alternativa. Las asambleas barriales formadas en la Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires, pero también en muchas ciudades de las provincias, fueron muy concurridas durante los primeros años de existencia. Allí se gestaron formas de deliberación y participación pública no estatal, en base a la figura del vecino y unificadas en torno al rechazo hacia los políticos con la consigna “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Estos espacios proponían generar formas de democracia y política genuinas, recuperando una esfera de lo colectivo a la que se diagnosticaba destruida luego de la experiencia neoliberal. Cada asamblea fue emprendiendo diferentes proyectos, vinculados a mejorar las condiciones de vida de sus barrios y también a acciones solidarias con los sectores más empobrecidos por las políticas menemistas. Si bien no fueron impulsadas solo por jóvenes, éstos dinamizaron las asambleas barriales y participaron en ellas de modo muy activo.

Durante los primeros meses de 2002 las protestas y movilizaciones se multiplicaron a lo largo de todo el país, involucrando una diversidad de sectores sociales. En esta situación, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, militantes de diferentes Movimientos de Trabajadores Desocupados en la zona sur del Gran Buenos Aires, participaron el 26 de junio de 2002 en una Jornada de protesta que incluía el corte del Puente Pueyrredón, que une la Capital Federal con Avellaneda. Tenían 23 y 21 años respectivamente cuando fueron asesinados por la policía bonaerense durante la represión desatada contra las personas movilizadas. La figura de estos jóvenes fue retomada como símbolo por otros miles que militaban en los movimientos territoriales y de desocupados descriptos más arriba, los que continúan construyendo –no sin cambios y contradicciones– la política desde los barrios y otros espacios alternativos. Es importante destacar que esta forma de entender y practicar la política, no fue sólo un modo de resistir ante los embates neoliberales, sino una manera de constituir espacios alternativos y ensayar propuestas de cambio social desde sus experiencias de vida cotidiana.

2003-2015: ecos de 2001 y recomposición

Durante el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) se emprendieron algunas acciones que son importantes de señalar y que delinearán ciertas rupturas en relación con lo acontecido desde su asunción. Una de las primeras marcas de su gestión fue el proceso de reconstitución de la autoridad presidencial y de la legitimidad de la política institucional. En ello, tuvo sin duda un fuerte peso la política de derechos humanos, el cambio

en la composición de la Corte Suprema de Justicia, la retórica en torno a la dignidad nacional y la convocatoria a romper con el modelo económico neoliberal y los vínculos con los organismos internacionales de crédito.

Una de las cuestiones nodales que caracterizaron a este momento fue el debate sobre las modalidades y espacios que fue adquiriendo la participación política de las juventudes en el contexto de particulares formas del ejercicio del liderazgo político. En este sentido, creemos que existen numerosos indicios que nos permiten plantear la presencia de un crecimiento de la participación juvenil en estructuras caracterizadas como clásicas. Es decir, en los ámbitos instituidos de participación que consagran las democracias liberales: partidos, sindicatos y grupos de interés.

A partir de lo dicho, no obstante, nos alejamos de las ideas que enfatizan una supuesta vuelta de la política durante estos años. Como dijimos, podemos constatar una mayor participación de las juventudes en los espacios institucionales antes mencionados. Pero esto no significa que las formas de participación vinculadas a espacios autónomos, territorializados y alternativos, hayan desaparecido, ni que la participación de las juventudes en estructuras partidarias sean las únicas legitimadas o visibles en el espacio público. Podemos sostener que conviven las dos modalidades, se entretejen, se solapan, entran en tensiones y se transforman mutuamente. En una palabra, más que en reemplazos, proponemos pensar en superposiciones, pliegues, cruces y actualizaciones de formas anteriores.

En este período podemos identificar al menos tres vertientes de participación y movilización juveniles: la estudiantil, con los procesos de ocupación de escuelas secundarias en la Ciudad de Buenos Aires y algunas provincias a partir de 2006; la de las juventudes políticas, entre las que se destacan las denominadas juventudes K¹⁷, pero donde también hay otros grupos; y la de los colectivos territoriales y culturales, que mantienen y actualizan sus formas de organización en los barrios, conectados muchas veces con el estado a través de algunas políticas públicas, además de las ya conocidas formas de represión abierta y cotidiana que vivencian.

Presentaremos aquí algunas tensiones, divergencias y contradicciones entre estas tres formas de militancia y organización juveniles, a la vez que identificaremos cruces, posibles confluencias y elementos en común. Sin dudas, la constatación del crecimiento de las agrupaciones juveni-

17. Con el nombre de Juventudes K se conoce a las distintas organizaciones de jóvenes ligadas al kirchnerismo y que apoyan a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. En 2012 estas agrupaciones —entre las que se destacan La Cándida, el Movimiento Evita y diferentes variantes de la Juventud Peronista— confluyeron en el espacio denominado Unidos y Organizados.

les kirchneristas, que señalan tanto trabajos académicos como periodísticos¹⁸, nos permite hablar de la emergencia de una militancia juvenil con presencia en todo el país que apoya al partido en el gobierno. Es posible sostener que ello no se veía desde el retorno democrático. Por otra parte, como lo afirmamos en un trabajo anterior, durante los años de los gobiernos kirchneristas se produjeron cambios sustantivos en las formas de movilización y en las experiencias organizativas de buena parte de los movimientos sociales y políticos de la Argentina, lo cual fue particularmente visible entre las organizaciones juveniles (Vázquez y Vommaro, 2012)¹⁹.

Independientemente de las posiciones asumidas inicialmente hacia la presidencia de Néstor Kirchner, los espacios militantes existentes atravesaron inflexiones en cuanto a sus estrategias organizativas que redundaron en el apoyo más o menos directo a estos gobiernos. Asimismo, en este período se crearon agrupaciones que adoptaron una posición oficialista, orientando su capacidad organizativa a apoyar al gobierno interpretado como parte de un mismo *proyecto o modelo* nacional. En este segundo grupo de organizaciones es posible identificar a muchas agrupaciones juveniles kirchneristas. Entre ellas, La Cámpora es la más visible²⁰. Una primera aproximación a este grupo nos lleva a preguntarnos por la manera en que se elabora un relato sobre el origen del colectivo que conjuga elementos resignificados y actualizados del pasado con hechos recientes, en el marco de los cuales se explicita el nacimiento de la agrupación. Podemos comenzar reflexionando sobre el nombre de la agrupación –alusivo a la figura de Héctor Cámpora²¹– y la manera en que se construye una lectura acerca del peronismo que permite reinterpretarlo desde el presente, aspirando a desarrollar un conjunto de prácticas que se sitúan en una relación de continuidad con gobiernos peronistas de los años cuarenta, cincuenta y setenta. Estas interpretaciones acerca del peronismo, por otra

18. Entre los primeros señalamos los de Pérez y Natalucci, 2012; Vommaro y Vázquez, 2012; Nuñez y Vázquez, 2013.

19. Investigaciones actuales permiten extender esta afirmación al período pos 2011, es decir, a los gobiernos encabezados por Cristina Fernández de Kirchner.

20. Para ampliar sobre La Cámpora y otras organizaciones juveniles kirchneristas ver Vázquez y Vommaro (2012).

21. Héctor José Cámpora (1909-1980) fue electo presidente de la Argentina el 11 de marzo de 1973 y asumió la presidencia el 25 de mayo del mismo año. La fórmula que conformó –junto con Solano Lima– permitió el regreso del peronismo al gobierno en una época en la que Perón permanecía proscripto. Su presidencia duró 49 días, ya que renunció para posibilitar la realización de nuevas elecciones en las que se presentó como candidato Juan Domingo Perón. Era conocido como *el Tío* y se caracterizó por expresar al sector de la izquierda peronista y por sintetizar –desde el punto de vista de los militantes– la *lealtad* a Perón bajo cualquier circunstancia.

parte, condensan sentidos heterogéneos y recuperan figuras de diferentes momentos que recorren el *primer* peronismo, la *resistencia* y el *peronismo del siglo XXI*, salteando los años menemistas (1989-1999), que no son reconocidos en esta genealogía militante como peronistas, sino como “neoliberales” (Vázquez y Vommaro, 2012).

Así, la construcción de un *relato* que haga inteligible la génesis de este y otros grupos autodefinidos como kirchneristas es parte de un mismo esfuerzo por explicitar el surgimiento del kirchnerismo y cimentar su legitimidad (Vázquez y Vommaro, 2012). Un elemento llamativo en la producción de este *relato* es que, si bien la gran mayoría de dirigentes de estas agrupaciones comenzaron sus experiencias de politización en los años noventa, ya sea en centros estudiantiles universitarios, secundarios o en organizaciones barriales o territoriales; la imagen construida sobre esa época es de apatía y despolitización. Más allá del objetivo instrumental de generar un contraste entre los años menemistas y la ya mencionada repolitización basada en la recomposición estatal posterior a 2003, no deja de ser significativa esta construcción de sentido. Como ya señalamos, no podríamos entender los acontecimientos de diciembre de 2001 y comienzos de 2002 sin tomar en cuenta las experiencias de politización, organización y movilización que se produjeron en los años noventa, durante la larga década neoliberal en la Argentina.

Por otra parte, tanto La Cámpora como varias de las agrupaciones kirchneristas (JP Evita, por ejemplo), son organizaciones que se autodefinen como juveniles. Esta apelación a lo *juvenil* es utilizada como una forma de referir a un modo de práctica política que se caracteriza como *novedoso*. De esta manera, los conflictos políticos aparecen expresados en clave de disputa generacional, contraponiendo la *joven militancia* con las estructuras caracterizadas como *tradicionales*, sobre todo del Partido Justicialista, pero también del sistema político en general. Ser *joven* se convierte entonces en un valor político, que simboliza una tensión (a veces contradictoria) con las formas de hacer política o gestionar el estado consideradas *viejas*.

En tercer lugar, es posible identificar otra manera de apelar a la idea de *juventud*, que se observa desde los dirigentes que integran el mundo adulto de la política. La *juventud* es invocada a partir de la coyuntura en la que —desde el punto de vista adulto— les toca vivir a los más jóvenes en la actualidad. Para los dirigentes adultos del kirchnerismo, el contexto actual se presenta como una oportunidad, puesto que —desde su punto de vista— existen mejores condiciones para militar que aquellas a las que se enfrentaban quienes fueron jóvenes en *los setenta*. Esta centralidad de la *juventud* entre los dirigentes se observa no sólo en las convocatorias a los jóvenes sino, además, en la inclusión de una agenda política que los con-

tiene. Esto se reconoce en el impulso que han cobrado las diferentes políticas públicas orientadas a la juventud durante los gobiernos kirchneristas.

Todo esto va acompañado por la apertura de espacios políticos para los jóvenes. En este sentido, la militancia de estos años incluye asumir responsabilidades legislativas o de gestión en el estado. De esta manera, entre los militantes de muchas agrupaciones kirchneristas aparecen términos como *militar una ley*, *militar una política* –pública– o *militar una campaña*. Se les otorga así atributos militantes a estos espacios en la función pública que serían similares u homologables –desde el punto de vista de los jóvenes kirchneristas– a los que organizan el trabajo en un barrio.

Identificamos entonces dos formas en las que se presenta la relación entre la militancia juvenil kirchnerista –en particular de La Cámpora– y el estado.²² Por un lado, una militancia *desde* el estado, encarnada por los miembros de la agrupación que además de ser militantes se desempeñan laboralmente en dependencias estatales de diverso tipo. En esta situación se encuentran desde aquellos que ocupan cargos de gestión y se reivindicaban públicamente como activistas de La Cámpora, hasta las personas que trabajaban en el estado con anterioridad y que –producto de la vinculación con La Cámpora– resignificaron su desempeño y sus funciones laborales allí. Por otro, una militancia *para* el estado o *por* el estado, utilizada para referir a las circunstancias en las que sus militantes se definen como activadores de las políticas públicas desarrollando prácticas que nombran como *bajar* planes y programas sociales en diferentes barrios o comunas. Es importante señalar que esto contrasta con la concepción de la política que primaba en algunos colectivos de militantes juveniles en los años noventa –que podemos caracterizar como una militancia *en paralelo* o *contra el estado*–, en muchos de los cuales se politizaron los dirigentes de La Cámpora. Así, en el kirchnerismo el estado es visto como una herramienta de transformación y un escenario de disputas políticas que es preciso ocupar y al que hay que dedicarle esfuerzo y tiempo militante.

Recapitulando, podemos identificar al menos cuatro sentidos diferentes en cuanto a las configuraciones generacionales que se expresan en agrupaciones juveniles kirchneristas como La Cámpora. El primero es el referido a la *juventud* como forma de autodefinition o autoidentificación. El segundo, se vincula con la manera de simbolizar conflictos entre generaciones, por medio de la cual se homologa lo *joven* con lo *nuevo* y se restablece un modo de entender la política que se contrapone con el *tradicional*, asociado a los *viejos* dirigentes. En tercer lugar, la *juventud* se presenta como una apelación realizada desde la dirigencia adulta, en

22. Seguimos acá el planteo que propusimos en Vázquez y Vommaro (2012).

particular desde sus dos principales *conductores*: *Cristina* y *Néstor*. Finalmente, en el marco de un proceso más amplio de juvenilización de la política, por medio del cual se entiende la exaltación de rasgos juveniles como atributos positivos de los militantes, inclusive entre dirigentes adultos.

Una segunda vertiente de movilizaciones juveniles que identificamos en la Argentina de la última década y que trataremos aquí es la de los estudiantes, sobre todo los secundarios, que han protagonizado importantes procesos de organización que incluyeron la acción directa y la ocupación de edificios públicos. El hecho de que en los procesos de movilización y organización juveniles desplegados en la Argentina y en América Latina recientes los colectivos estudiantiles hayan ocupado un lugar destacado, produjo un regreso de los estudios acerca de los movimientos estudiantiles secundario y universitario, que eran considerados fenómenos del pasado y habían perdido importancia frente a formas supuestamente novedosas de expresión juvenil ligadas a lo cultural, lo estético, las experiencias territoriales o políticas alternativas²³.

En las tomas de escuelas secundarias que se desarrollaron en las ciudades de Buenos Aires, Córdoba, Neuquén y Río Gallegos, entre otras, entre 2010 y 2012, podemos distinguir la expresión de muchos de los elementos que caracterizaron y caracterizan diversos procesos de movilización y organización juvenil en la Argentina y en América Latina, pudiendo trazar puntos en común con las experiencias de Brasil y Chile que expondremos en el Capítulo 3 de este libro. Pedro Nuñez expone las diversas formas organizativas que produjeron los estudiantes secundarios en los últimos años, desde los clásicos centros de estudiantes hasta modalidades menos orgánicas e institucionalizadas, pero muchas veces más efectivas para la acción cotidiana y la visibilización de las demandas en el espacio público (Nuñez, 2013: 117). Asimismo, coincidimos con este autor en destacar las ocupaciones de espacios públicos que se produjeron durante las movilizaciones estudiantiles. No sólo las escuelas fueron ocupadas –y habitadas– por los jóvenes secundarios; también las calles, plazas y paredes de las ciudades en las que se desplegaron esas manifestaciones. De esta manera, los colectivos de estudiantes instituyeron maneras propias, muchas veces alternativas a las dominantes, de usar, apropiarse y producir el espacio público urbano. A la vez, despliegan una manera rupturista de producir lo común, un espacio otro –resignificado y reconfigurado– para estar juntos. Esto fue particularmente significativo en

23. Destacamos para el caso argentino, los trabajos de Pedro Nuñez (2011 y 2013), Valeria Manzano (2011), Iara Enrique (2010), Marina Larrondo (2012) y Mariana Beltrán y Octavio Falconi (2011).

las escuelas secundarias ocupadas por sus estudiantes. Muchos relatos refieren que durante las tomas se experimentaron apropiaciones y usos de las escuelas mucho más significativos que los que existían en el resto del ciclo escolar (Nuñez 2011 y 2013). En efecto, los estudiantes habitaron y se apropiaron de las escuelas durante las tomas en formas mucho más intensas que en otros momentos.

Esta política de la acción directa y el poner el cuerpo (Nuñez, 2013; Vommaro, 2010), se sustentó en la práctica de la participación y la democracia directa, donde se valoraba el involucramiento de todos en la deliberación, toma y ejecución de las decisiones. Asimismo, fue directo el diálogo que se buscó con el estado, sin mediaciones institucionales o canales que puedan representar a las organizaciones o en los que sea posible confiar y delegar la interlocución con los funcionarios. Entonces, éstos se vieron obligados a dialogar directamente con el conjunto del movimiento o con una diversidad de referentes, delegados o voceros que iban rotando periódicamente y que descolocaban muchas veces tanto a las autoridades estatales como a los medios de comunicación. Este diálogo directo y sin mediaciones, que Nuñez nombra como “desconfianza en la mediación representativa” (Nuñez, 2013: 148), serán característicos también, como veremos más adelante, de las organizaciones estudiantiles chilenas.

Otro punto en común con procesos de movilización sucedidos en otros países es la ocupación del espacio público de una manera productiva. Es decir, a medida que el espacio público es ocupado —apropiado— es también resignificado y producido, ampliando sus fronteras y sentidos. Esto marca la configuración de una modalidad de apropiación del espacio público que se gesta en los últimos años y que, siguiendo a Manzano y Triguboff (2009), denominamos “forma social ocupación”. Ésta consistía en un modo particular de uso, apropiación y producción del espacio, que instituyó el territorio. En esta ocupación se redefinieron las fronteras entre las esferas pública y privada. Escuelas y calles, en este caso; tierras, fábricas y rutas en otras experiencias que aquí estudiamos, fueron ocupadas por sujetos sociales organizados que expresaban el antagonismo social territorialmente situado y gestaban experiencias autoorganizadas y autogestivas que instituyeron otras lógicas sociales. Lo privado se tornaba público, al ser ocupado y reformulado por las organizaciones sociales, y lo público se dejaba de asociar únicamente a lo estatal, para dar lugar a los espacios comunitarios. Así, esta manera de apropiación del espacio devenido territorio produjo un nuevo significado del mismo, que no era ni privado ni público en un sentido estatal. Era otro sentido de lo público, asociado a lo comunitario, a formas no ligadas directa y unívocamente con lo estatal y también en disputa con el mercado.

Un último elemento que destacaremos en este acercamiento a las movilizaciones de los estudiantes secundarios en la Argentina es la dimensión inter e intrageneracional del proceso. Por un lado, las tomas de escuelas pusieron en evidencia tanto conflictos o tensiones como confluencias intergeneracionales, entre estudiantes y adultos, sean estos padres o docentes. Muchas veces los estudiantes visibilizaron y defendieron demandas de infraestructura escolar, que bien pudieron haber sido reclamos por la mejora en las condiciones del lugar de trabajo de los docentes, aunque no siempre fueron interpretadas así por éstos. Otras veces, los padres acompañaron las movilizaciones estudiantiles, enfatizando su carácter más general –y no solo sectorial–, lo que permite analizarlas como expresión de conflictos sociales más amplios, que en el caso de la Ciudad de Buenos Aires, se profundizan en un gobierno local de centroderecha. Por otra parte, es importante considerar que no siempre todos los estudiantes secundarios estuvieron de acuerdo con las tomas de sus escuelas y en algunos casos ni siquiera la mayoría de ellos. Esto fue así aun entre estudiantes que participaban en otros espacios políticos y que manifestaron su desacuerdo con las tomas en las asambleas realizadas para decidir al respecto. Esto muestra las pluralidades que antes introdujimos. Son múltiples y diversos los sentidos de la política entre los jóvenes y las maneras de percibir un reclamo y una forma de práctica pública como legítima o justa (Nuñez, 2013).

Una tercera y última vertiente que presentaremos es la de los colectivos juveniles que despliegan sus acciones en los barrios, ya sea expresando conflictos locales o produciendo acciones culturales, artísticas y expresivas diversas. Ya dijimos que en los últimos veinte años se expresó visiblemente en la Argentina la emergencia del territorio como producción política y la política como producción territorial. En efecto, el proceso de territorialización que se venía gestando desde años antes adquirió una dimensión cada vez más importante luego de 2001. Otro de los espacios que emergió en este momento fue el de las empresas recuperadas por sus trabajadores, en las cuales el lugar de los jóvenes fue fundamental, tanto en el proceso de recuperación (donde había que *poner el cuerpo* para defender la toma del predio recuperado) como en la organización productiva y en las actividades culturales abiertas al barrio que se desarrollaron en estas empresas.

En los últimos diez años este proceso de organización a nivel territorial, molecular, continuó y se fortaleció en muchos momentos; visibilizándose ante algunas coyunturas y concentrándose en el trabajo barrial en otras. En efecto, en la Argentina actual los colectivos juveniles en los barrios continúan siendo dinámicas expresiones del conflicto social y disputando

con los estados –locales, provinciales o nacionales– recursos, espacios y sentidos de la política. Así, centros culturales, comedores comunitarios, bachilleratos populares y otras formas de asociatividad y organización en donde los jóvenes son protagonistas importantes permanecen y despliegan sus propuestas en sus territorios, aun en una coyuntura de recomposición gubernamental y relegitimación de la política estadocéntrica.

A partir de lo dicho, revisitamos la propuesta de que en los últimos treinta años es posible observar entre los jóvenes un doble desplazamiento. En primer lugar, desde las formas clásicas de organización y participación hacia otro tipo de espacios y prácticas, en los que no sólo no rechazaban la política, sino que se politizaban sobre la base de la impugnación de los mecanismos delegativos de participación y toma de decisiones. Este es el movimiento que signó los años ochenta y más fuertemente, noventa (podríamos fecharlo en el período 1983-2002/3). En segundo lugar, una trayectoria que marca una nueva parábola de recomposición de la política partidaria e institucional centrada en el estado; un reencantamiento con lo público estatal y con las formas clásicas de participación política. Es decir, el surgimiento de organizaciones que se nombran o autoperciben como juveniles, que se constituyen desde o en diálogo fluido con el Estado y encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos (que denominan progresistas o populares) espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos están vinculados a juventudes partidarias y que en todos los casos se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan. Esta es la dinámica que marca el proceso de recomposición que caracterizó a la Argentina luego de 2003. Sin embargo, este regreso de la política vinculada a los partidos y a los canales institucionales propuestos desde el estado no será una réplica de momentos anteriores. Al contrario, se asentará sobre nuevas bases caracterizadas por tres nociones fundamentales: territorio, politización y espacio público o común.

En este escenario descrito de disputas respecto de los alcances y significados de los vínculos entre juventudes y políticas, en noviembre de 2012 se aprobó en el Congreso de la Nación la ampliación del sufragio para las personas entre dieciséis y dieciocho años de edad. Sin dudas, esta reforma del Código Nacional Electoral²⁴ constituye un avance que alimenta el proceso de ampliación de derechos que se produjo en la Argentina desde 2003. Sin embargo, las cuestiones que abre y deja pendientes la nueva norma son diversas. Desde su elaboración con escasa participa-

24. Se trata de la aprobación de la Ley N° 26.774, que modifica el Código Nacional Electoral de la Argentina, particularmente en sus artículos 7 y 8.

ción juvenil y una mirada adultocéntrica, hasta cierta minorización de la juventud al hacer el voto optativo para las personas de entre 16 y 18 años (manteniendo la obligatoriedad para el resto) y la consagración de una única forma de participación enmarcada en la democracia representativa, como si solo allí se dirimieran las formas políticas juveniles más potentes e innovadoras del presente. A continuación desagregaremos algunas de estas cuestiones.

El efecto formal de esta ley fue la habilitación del derecho el voto para las personas de entre 16 y 18 años, lo que amplió la mayoría de edad civil en dos años (antes de la aprobación de esta norma, la mayoría de edad civil en la Argentina era a los 18 años). Sin embargo, esta ampliación de la mayoría de edad no fue para todas las personas de esa franja etaria. En efecto, los jóvenes de entre 16 y 18 años debían actualizar su documento nacional de identidad para estar en condiciones de ejercer su flamante derecho. En cuanto al impacto cuantitativo de la ley, podemos ver que el mismo es limitado a nivel de peso electoral nacional. Así, si tomamos los datos del censo de población de 2010, el último disponible, vemos que las personas de entre 16 y 18 años eran aproximadamente 1,4 millones, lo que representa un 4,5% del total del padrón electoral nacional argentino. Esto es aun más reducido en distritos como la Ciudad de Buenos Aires, donde el peso numérico de esta franja etaria es del 1.33 % del total del padrón.

Al poner en relación esta incidencia cuantitativa en el padrón electoral con el impacto mediático y político que produjo la norma, podemos identificar una desconexión entre el peso cuantitativo y la repercusión cualitativa de esta ley. En efecto, los debates que se produjeron en los medios alrededor de esta medida, que en general fue calificada de apresurada, manipuladora y utilitaria, no tuvieron relación con su incidencia electoral, lo que nos habla de elementos subjetivos, políticos, sociales y culturales que debemos tener en cuenta a la hora de analizar estos temas. Además, estos debates públicos no tuvieron a los jóvenes como protagonistas. Más bien, éstos fueron objeto de opinión por parte del mundo adulto, ya sea con la pretensión de tutelar o ampliar sus derechos desde el estado, o con la intención de protegerlos de la supuesta manipulación gubernamental. Es decir, fueron debates manejados bajo códigos adultocéntricos, que poco permitieron escuchar la voz juvenil.

Por otra parte, es importante enmarcar esta reforma electoral en al menos tres elementos que ya señalamos en este libro. Por un lado, el proceso de paulatina ampliación de derechos y de creciente consideración de las diversidades sociales que se produjo en la Argentina en los últimos años y que involucró especialmente a los jóvenes. Por el otro, la resigni-

ficación y transformación de la noción de juventud, que llevó a pluralizar el término y hablar de juventudes, enfatizando las diversidades y los otros modos de ser joven que existen en la actualidad. En tercer término, el proceso de ampliación de las fronteras de lo político, que nos lleva a abordar la noción de politización y a mirar con atención las formas de participación política juveniles.

A partir de estos marcos y significados en disputa, profundizaremos en algunas de las tensiones, conflictos o ambigüedades que podemos identificar a partir de esta ley. En primer lugar, si partimos de señalar que la ampliación de la ciudadanía política para los jóvenes se expresa en esta norma solo con la ampliación del derecho al sufragio, podríamos interpretar que se consagra una única manera de producir juventud. Es decir, se considera una única manera de ser y aparecer como joven participativo, reconocido y legitimado ante el estado y ante lo público. Si asumimos esto, las diversidades constitutivas de las juventudes contemporáneas correrían el riesgo de invisibilizarse y los jóvenes serían más objeto de política que sujetos de derecho. Una consecuencia de esta mirada podría ser la deslegitimación de las movilizaciones y organizaciones políticas de las juventudes que actúan por fuera de los espacios instituidos. Al tener ahora derecho al voto, el canal de expresión política consagrado sería ese y las demás expresiones podrían ser marginalizadas o, en un extremo, estigmatizadas y reprimidas.

Una segunda cuestión se vincula con la asunción de una forma de ser joven ideal y consagrada; con un *deber ser joven*, que se expresaría en una única forma legitimada de participación política a través del sufragio. Así, si se considera el derecho a voto como el único reconocimiento a la participación política juvenil, se silenciaría que los jóvenes producen política desde otros lugares. Justamente esos otros lugares son en la actualidad considerados más legítimos e interpretados como más potentes y convocantes por los propios jóvenes, que los ámbitos estatales y del sistema político a los que remite la ley. Desde esta perspectiva, no haría falta una ley para habilitar a los jóvenes a producir política; sino que los jóvenes hoy están produciendo política en sus escuelas, en sus barrios, en sus territorios, cotidianamente. Se abre la pregunta, entonces, de si este reconocimiento del hacer política mediante una ley que habilita al sufragio no podría encorsetar la diversidad y multiplicidad de la producción política juvenil; si no podría limitar el despliegue de otras experiencias u opacar otros debates referidos a las formas de participación y los derechos de las juventudes.

Avanzando en el análisis de los marcos de la ley encontramos concepciones de juventudes en tensión, que pueden estar superpuestas y a veces ser contradictorias. Brevemente, presentaremos las principales. En

primer lugar, lo que podemos denominar junto con Vázquez (2013) como la juventud como “causa pública” o “causa militante”. Esta es una idea muy interesante para pensar el sentido y la producción política juveniles en el presente. La juventud deviene causa pública cuando el solo hecho de la apelación a lo juvenil provoca adhesiones, movilización política. Es decir, lo juvenil parecería ser suficiente en la construcción pública como motor de producción política y generador de adhesiones o simpatías. Una segunda noción se relaciona con la juventud en tanto afirmación o auto percepción. Esto se referencia en los colectivos que se identifican como juveniles, lo que configura su forma de aparecer en el espacio público y también sus maneras de organización. Una tercera dimensión se desplaza hacia la clave generacional, en la que los conflictos políticos aparecen como disputas generacionales. Es decir, conflictos que en otro momento estarían fuertemente atravesados por debates políticos se presentan como tensiones entre nueva y vieja política, como si el solo hecho de presentarse como político nuevo, joven, sin trayectoria o experiencia dentro del sistema político, alcanzase para ser un buen político. Si pensamos en momentos anteriores, encontramos que la experiencia y la trayectoria eran más valoradas para ejercer un cargo público que la juventud o la renovación. Considerar esto abre caminos interesantes para analizar las formas actuales de tramitar o presentar los conflictos entre diversas prácticas políticas.

Avanzando con las nociones que se ponen en discusión a partir de los debates que generó la denominada Ley de Voto Joven, encontramos una reactualización de elementos ya presentes en períodos anteriores como: el joven apático y el joven participativo; la juventud como sujeto presente en el aquí y el ahora, o la juventud considerada como una preparación para el futuro, es decir, un regreso a la noción de moratoria. Aquí resulta muy interesante ver cómo se superponen la juventud como sujeto presente, que hoy puede votar; y la apelación que existe en el discurso público y político que invoca a los jóvenes como relevo generacional, como sujetos que se están preparando para cuando les toque gobernar y deben entonces esperar su oportunidad. Otra concepción que aparece superpuesta es la del joven ciudadano y el joven consumidor. Así, podríamos ver al joven como un ciudadano que se vincula con el estado a través del sistema político y también al joven como consumidor conectado con el mercado, incluso como consumidor del mercado político, de la oferta política que se le presenta y en la cual su capacidad de incidencia es limitada.

Una cuarta mirada sigue concibiendo a la juventud como riesgo o amenaza, como peligro social. Es una juventud que requiere ser controlada, reprimida, criminalizada. Pero la juventud también aparece como sujeto

de derechos, e inclusive en muchas políticas es reconocida como sujeto de cambio, como agente de transformación social. Para el caso argentino, esto es particularmente notorio en las llamadas políticas juveniles de participación, que en un reciente relevamiento se identificaron como el 25% del total de las políticas públicas de juventud existentes²⁵. En este punto también señalamos un matiz entre la concepción de la juventud en tanto sujeto de derecho, que centra el reconocimiento en el vínculo ciudadano; y la juventud como sujeto de cambio, donde el foco está puesto en la capacidad de las juventudes para producir su propia política que puede no ser ciudadana y que puede no ser en clave de derechos en sentido clásico.

Al profundizar en los conflictos entre las formas legitimadas y consagradas y las formas juveniles emergentes o alternativas, aparecen diferentes discusiones acerca de otras emergencias juveniles que son muchas veces criminalizadas, perseguidas, inclusive desde el mismo estado que propone políticas inclusivas y participativas. Esto es notorio, por ejemplo, en las intervenciones urbanas que realizan diversos colectivos juveniles en el transporte público, que en la Argentina y en otros países son consideradas como actos de vandalismo. Es decir, no se reconocen como formas de expresión juveniles, como intervenciones urbanas en el espacio público que implican apropiaciones y producciones de sentido. Al contrario, se criminalizan y persiguen, angostando la posibilidad de expresión pública juvenil, a la vez que se permiten y estimulan las intervenciones mercantiles publicitarias que marcan el espacio público tanto o más que las estéticas juveniles presentadas gráficamente. Se abre así una situación de disputa por lo público, en donde los usos, las apropiaciones y las producciones no se vinculan solo al espacio físico sino sobre todo a dimensiones simbólicas y estéticas. Emergen entonces los procesos de institución de formas alternativas de lo público, no sólo en cuanto a su uso o apropiación, sino también en lo referido a la producción de espacios públicos no estatales y no mercantiles, a partir de lógicas comunitarias. Una concepción de lo público en tanto lo común, una posibilidad para estar juntos con una composición distinta –y a veces en fuga– que tensiona las dinámicas hegemónicas que promueven la segregación y la competencia. Esta constitución de lo público no entendido sólo como lo estatal se vincula con lo que en otros trabajos y siguiendo a otros autores denominamos forma social ocupación, en tanto modo particular de uso, apropiación y producción del espacio público y la dinámica comunitaria.

Continuando con la presentación de algunos elementos que pueden contribuir a comprender no solo las tensiones que abre la modificación

25. Para ampliar ver Nuñez, Vázquez y Vommaro (2014) y Nuñez y Vázquez (2013).

electoral, sino también sus limitaciones, potencialidades y desafíos, volveremos a la caracterización del marco de la norma como adulto-céntrico. Esto es así, entre otras cosas, porque en la discusión de la ley la voz de los jóvenes apareció muy poco. De hecho, esta fue una de las pocas leyes sancionadas en los últimos años en el marco del proceso de reconocimiento de derechos en la Argentina que no tuvo una importante movilización social atrás. Es decir, no hubo colectivos juveniles movilizados por el derecho a voto, no hubo una demanda juvenil visible acerca de esta cuestión, como si la hubo con otras medidas como la llamada Ley de matrimonio igualitario, y con normas aun en debate como la despenalización del aborto o del uso de la marihuana, entre otras. Así, esta ley aparece como adulto-céntrica al ser pensada, elaborada y debatida por adultos para los jóvenes.

Uno de los elementos que evidencia que esta norma fue elaborada y motorizada por adultos es que el voto entre los 16 y 18 años se sancionó como optativo. Se consagran así al menos dos tipos de ciudadanos: aquellos plenos que están obligados a votar; y los que serían ciudadanos a opción, que votan solo si quieren hacerlo. Esto podría ser una buena noticia en el camino por discutir la forma de vínculo ciudadano como la única legitimada; pero creemos que se trata más bien de una manera de minorizar a los jóvenes, considerando que no están plenamente preparados para afrontar los derechos y obligaciones que implica el voto y entonces éstos deben surgir de una elección consciente y voluntaria. Incluimos en esta dimensión analítica también el hecho de que los jóvenes estén habilitados para ser electores a partir de esta ley, pero sigan impedidos de ser elegidos para ciertos cargos (como senador o diputado, por ejemplo, que tienen pisos de edad excluyentes que continúan establecidos en 30 y 25 años respectivamente).

El contenido adulto-céntrico y en cierta medida minorizador de los jóvenes, se muestra también en las autopercepciones juveniles acerca de esta ley, que muchas veces reproducen el discurso adulto hegemónico y modalizado. En este sentido, resultados de una encuesta realizada en el marco de un equipo de investigación de la UBA²⁶ mostraron que ante la pregunta “¿estás de acuerdo con la propuesta para que los y las jóvenes puedan votar a partir de los 16 años?”, entre el 63,1% y el 86,1% de los consultados se manifestó en contra, mientras que lo hizo a favor sólo el 22,2%. Que esto no muestra una falta de compromiso o desinterés por la

26. Equipo de Estudios de Políticas y Juventudes, Instituto Gino Germani de la UBA, que integra y co-coordina el autor de este libro. La encuesta de referencia fue aplicada entre jóvenes organizados en centros de estudiantes secundarios a fines de 2012.

política y por lo público de parte de los jóvenes, es claro al ver que la participación en una organización estudiantil no modifica la opinión de los jóvenes acerca del nuevo derecho al voto. Así, el 62,4% de los que participan y el 69% de los que no participan en centros de estudiantes coinciden en oponerse la ampliación de la edad de sufragio. Del mismo modo, el 23% y el 19% respectivamente apoyan el voto a partir de los 16 años. Es decir, aun entre jóvenes organizados y participativos y que están en edades que serían las beneficiarias directas de esta ley, el consenso es reducido y prevalece la visión de esta consagración de derechos como algo lejano y en algún punto ajeno.

Para concluir nuestro análisis, proponemos pensar algunos desafíos que abre esta ley. Por un lado, la posibilidad de colocar las problemáticas juveniles en la agenda pública y la agenda juvenil en las políticas públicas, desde una concepción de derechos y no criminalizadora o estigmatizadora. Es decir, la presentación de los jóvenes en la agenda pública y de lo juvenil en el espacio público que presenta interesantes intersticios para ensanchar y profundizar. Por otro, reabre o amplía las discusiones en torno a la noción de ciudadanía y la posibilidad de otras formas de vínculo social desde los jóvenes. Se abre así la pregunta acerca de si asistimos a la emergencia de posibles formas de ciudadanía juveniles y si es posible producir formas de vínculos políticos que siendo estado-céntricos sean a la vez específica o singularmente juveniles. Si esto fuera así, podemos preguntarnos también si existen otras formas posibles de participación política que puedan ser reconocidas desde el estado aunque presenten alternativas frente a lo instituido.

En tercer término, estos debates pueden permitir visibilizar las condiciones de vida de los jóvenes en sus territorios y espacios de vida cotidianos. Pueden evidenciar las desigualdades y segregaciones que caracterizan –junto a las diversidades– los mundos juveniles actuales. Hay estudios que plantean que las prioridades de los jóvenes hoy son: el trabajo, la recreación en sus barrios, los espacios para desplegar las formas de sociabilidad juvenil, de asociatividad juvenil, el ocio, los temas de salud. En fin, diferentes aspectos que no tienen directamente que ver con el derecho a voto. De esta manera, pareciera que las aspiraciones de los jóvenes no pasan hoy prioritariamente por la ampliación del voto, sino que otras desigualdades, otras diversidades, y otros problemas sociales, siendo muchas veces menos reconocidas, son más urgentes y relevantes. Esto incluye la posibilidad de ampliación de los derechos pendientes como: salud sexual y reproductiva, derechos de la mujer, aborto no punible, el derecho a la tierra de las juventudes campesinas o indígenas, y los derechos a la producción de lo público y lo común.

En cuarto lugar, también hay quienes señalan que esta incorporación de los jóvenes a la ciudadanía política puede abrir posibilidades de reconocimiento por parte de los estados que, al considerarlos como público electoral efectivo o potencial, incorporen en sus agendas los temas más sensibles para ellos y posibiliten un mayor protagonismo juvenil en las cuestiones estatales y públicas. Futuras discusiones de leyes sobre cupo joven en las listas electorales y las candidaturas o en los cargos públicos en ciertas áreas podrían ir en este sentido.

Llegados a este punto podemos afirmar que si bien las relaciones entre juventudes y políticas se han revitalizado, alimentándose de la recuperación de los canales institucionales, nada volverá a ser como era. La recomposición política que se experimenta en la Argentina en la actualidad se sustenta sobre las bases de las transformaciones en los modos de hacer política, a partir de las grietas que se abrieron en la década del noventa y se consolidaron luego de 2001. Más que regreso, podemos hablar de reactualización o resignificación de elementos presentes en momentos anteriores. Así, entre la disrupción y la integración, entre la continuidad y la innovación, entre la autonomía y el estado se dirimen las configuraciones generacionales de la política de las juventudes argentinas en la actualidad.

CAPÍTULO III

Las juventudes movilizadas en América Latina

Como ya expresamos en capítulos anteriores, los jóvenes son los principales protagonistas de muchos de los procesos de movilización que se viven en el presente de la región. Además, esta alta presencia juvenil en las movilizaciones y los conflictos sociales no es sólo un dato comprobable empíricamente o que describe la composición socio-demográfica de los acontecimientos; pensamos que es también un elemento que debe ser tomado en cuenta para comprender las características, dinámicas y sentidos de este proceso.

La capacidad organizativa, la visibilidad pública y el renovado interés de muchos jóvenes de la región en la participación política y el compromiso con las cuestiones públicas configuran una coyuntura que Ernesto Rodríguez denomina los “nuevos movimientos juveniles latinoamericanos” con características más propositivas que reactivas (Rodríguez, 2012). Siguiendo a este autor, esta nueva oleada de movimientos juveniles se presenta al menos de dos maneras. Por un lado, los colectivos que buscan formas de participación alternativas a los canales clásicos e instituyen otro tipo de prácticas expresadas a través de otros espacios, que se alejan relativamente de las vías institucionales conocidas de la política e ingresan en la vida cotidiana. Son movimientos que construyen desde la autonomía y formas de organización que discuten las jerarquías y el verticalismo, y que no se sienten interpelados por el sistema político y los instrumentos de la democracia representativa (sobre todo la delegación a través del sufragio). Por otro lado, existen organizaciones que se constituyen desde o en diálogo fluido con el estado y que encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos

están vinculados a juventudes partidarias y que se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan.

En algunos países conviven ambos tipos de movimientos juveniles y en otros alguna de las dos modalidades prevalece sobre la otra. En este capítulo analizaremos situaciones en las que las dos formas de movilización y participación juveniles conviven, con distintos énfasis según los casos. De todos modos, más allá de estas singularidades, es una realidad cada vez más evidente que las diversas formas de asociatividad juveniles se constituyeron en un sujeto fundamental para comprender las dinámicas sociales, políticas y culturales en América Latina y han superado los límites sectoriales o generacionales para convertirse en expresión de conflictos sociales más generales.

En este Capítulo presentaremos algunas de las experiencias más significativas que se desplegaron en cuatro países de América Latina en los que se produjeron importantes procesos de movilización y organización juveniles en los últimos años: Brasil, Chile, Colombia y México.

Avanzando, al realizar el recorrido panorámico por los principales espacios de politización juvenil que se despliegan en América Latina en la actualidad, observamos que se trata de organizaciones que producen movilizaciones que expresan posibilidades políticas de establecimiento de relaciones intergeneracionales, a la vez que tienden puentes entre las movilizaciones de los jóvenes y las de otros movimientos y expresiones sociales colectivas más o menos organizadas. Así, vemos como estas movilizaciones superan ampliamente los límites sectoriales (y aun los generacionales), para convertirse en procesos que dinamizan diversas luchas sociales más amplias y expresan impugnaciones al sistema dominante que exceden las cuestiones aparentemente corporativas.

Como veremos en las páginas que siguen, las organizaciones juveniles que dinamizan las movilizaciones sociales en la América Latina actual pueden incluirse dentro de este último tipo de colectivos y pueden interpretarse como expresión visible y radical de las transformaciones que la región necesita.

Chile: los pingüinos siguen marchando

Entre 2006 y 2012 se produjeron en Chile diversas movilizaciones protagonizadas por organizaciones estudiantiles secundarias y universitarias, que tuvieron gran impacto social y político con efectos que excedieron las cuestiones sectoriales. Además de resignificar el espacio público con acciones callejeras y ocupaciones de escuelas (liceos y universidades), las movilizaciones estudiantiles conmocionaron el clima social y político de

una sociedad que muchos autores caracterizaban como adormecida por el proceso de transición democrática, desmovilizada y apática, en la cual los jóvenes estaban descomprometidos y desinteresados por las cuestiones comunes (Aguilera, 2012).

Las movilizaciones estudiantiles comenzaron a mediados de 2006, encabezadas por los estudiantes secundarios –denominados *pingüinos* por su uniforme escolar– y tuvieron un nuevo pico en 2011 y 2012, esta vez motorizadas por los universitarios. En estos seis años, las movilizaciones –no exentas de fluctuaciones– se extendieron a otros sectores sociales, como los trabajadores (sobre todo los precarios y subcontratados), asociaciones de usuarios, organizaciones vinculadas a las problemáticas de la vivienda (pobladores, deudores hipotecarios), grupos de minorías sexuales, agrupaciones ambientalistas y de defensa de los recursos naturales, y las ya movilizadas comunidades mapuche del sur del país. Esta confluencia de diversos grupos movilizadas concentrados en pocos años y con acciones callejeras visibles puede ser analizada como la constitución de un ciclo de protesta (Tarrow, 1997), que conmocionó muchas de las bases que la sociedad chilena parecía haber consensuado en la transición democrática, abrió oportunidades políticas disruptivas y obligó a buscar soluciones alternativas.

Las principales motivaciones manifiestas de las movilizaciones estudiantiles secundaria y universitaria en Chile estuvieron vinculadas al denominado fin del lucro en la educación (una crítica a la excesiva mercantilización educativa y a la visión de la educación como un negocio movido por la obtención de ganancia); a la reversión de la municipalización de las escuelas iniciada durante la dictadura de Augusto Pinochet; al aumento del presupuesto educativo, sobre todo para las universidades; a la democratización del gobierno universitario, incorporando la representación estudiantil con voz y voto, y a la mejora de la calidad de la educación que reciben todos los sectores sociales. Sin embargo, como dijimos y coincidiendo con Oscar Aguilera (2012), las movilizaciones estudiantiles excedieron ampliamente la dimensión educativa y se convirtieron en acontecimientos sociales, políticos y culturales que impactaron en la sociedad chilena en su conjunto y constituyeron “nuevos repertorios” de acción colectiva (Aguilera, 2012:105)²⁷ caracterizados por, al menos, tres elementos. En primer lugar, una “localización y singularidad” de los espacios de conflicto y sus objetivos que puede explicar la multiplicación del movimiento y la consolidación de la organización sin apelar a imágenes de fragmentación y atomización que a veces dificultan la comprensión.

27. Aguilera toma la noción de “repertorio” de Tilly (2002).

Un segundo aspecto consiste en la “diversificación e innovación situada de las estrategias de movilización”, que se relaciona con las dimensiones expresivas y estéticas de las acciones expresadas tanto en las prácticas que pueden caracterizarse como carnales o festivas, como en las formas singulares que adoptan las tomas de escuelas en tanto espacios públicos que se reconfiguran con la ocupación colectiva. Un tercer punto aparece en Aguilera (2012: 105), mencionado como “multirrelaciones en el origen del conflicto” y podemos vincularlo a las formas de relación entre la esfera estatal-institucional y el movimiento caracterizadas por una interlocución directa, con pocas o sin mediaciones, y en la cual muchas veces lo fundamental es más la construcción del diálogo con el estado que el logro inmediato de los objetivos propuestos por los estudiantes.

Siguiendo al mismo autor, el “nuevo repertorio” así caracterizado constituye un movimiento “rizomático y molecular” capaz de diversificar espacios, multiplicar conflictos e interpelar a sujetos múltiples (Aguilera, 2012:105). Si bien el objetivo inmediato del movimiento que surgió en 2006 era lograr la discusión de una nueva Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE)²⁸, la dinámica que cobraron las acciones desplegadas amplió rápidamente los horizontes, iniciando un ciclo de movilizaciones aún abierto.

En cuanto a las modalidades organizativas, el movimiento estudiantil chileno produjo formas participativas, con elementos de democracia directa, discutiendo jerarquías y verticalismos. Las diferentes organizaciones por liceos se nuclearon en la Asamblea Nacional de Estudiantes, órgano máximo de deliberación y toma de decisiones. En esta forma de democracia directa, existían también *voceros* del movimiento que tenían carácter revocable y rotativo, que debían consultar con la Asamblea cada una de las decisiones referentes al conflicto y a los pasos en la negociación con el gobierno. Esto último desconcertaba muchas veces a los negociadores estatales, que se encontraban con la dificultad de identificar un interlocutor único y permanente, lo cual daba a veces una imagen caótica y desorganizada al movimiento. Con el resurgimiento del movimiento estudiantil secundario en 2011 se creó la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios (CONES), que agrupa a las principales organizaciones estudiantiles por liceos. En cuanto a los estudiantes universitarios, las movilizaciones estuvieron impulsadas por la Confederación de Estudiantes

28. La LOCE vigente en Chile en 2006 era la sancionada por Pinochet unos días antes de dejar el gobierno. En 2009 esta Ley fue reemplazada por la actual Ley General de Educación, que no trajo cambios significativos respecto a la norma pinochetista y no recogió las principales demandas estudiantiles.

de Chile (CONFECH), que nació a comienzos de los dos mil y agrupa a los estudiantes de las principales universidades chilenas, organizados en federaciones por universidad, sean públicas o privadas.

Nos interesa destacar tres elementos, que aparecen en distintos estudios sobre las movilizaciones estudiantiles chilenas y que pudimos comprobar en el relevamiento que realizamos. Por un lado, las múltiples relaciones entre los procesos de politización estudiantil y las dimensiones éticas de las movilizaciones, expresadas en las experiencias de las luchas por el medio ambiente, los recursos naturales, la educación pública para todos y la diversidad sexual, entre otros puntos. Por otro, el despliegue de la política en el espacio cotidiano, basada en relaciones de reciprocidad, cooperación, afecto y amistad. Es esta politización de lo cotidiano lo que permite la multiplicación y consolidación del movimiento. En tercer lugar, un proceso de “reencantamiento con lo público” (Aguilera, 2011:23) que expresa otras formas de compromiso político que constituyen modos alternativos de construcción de lo común y reconfiguran lo público en clave comunitaria, no restringiéndolo sólo a lo estatal. Como último punto, podemos agregar que este reencantamiento con lo público y la participación política, también tuvo ecos en una actualización del compromiso juvenil con formas electorales y estadocéntricas. Esto se expresa en la participación de al menos siete destacados referentes de las movilizaciones estudiantiles de los años recientes en las elecciones generales de noviembre de 2013, obteniendo cuatro de ellos cargos legislativos.²⁹ Si bien desde varias organizaciones y movimientos esta participación electoral en partidos de la izquierda chilena o independientes fue muy criticada, el relativo éxito electoral de estos referentes abre un interrogante y un espacio de posible interacción entre política estatal y organizaciones sociales en el futuro.

29. Efectivamente, al menos los dirigentes Camila Vallejo, ex presidenta de la FECh; quien la sucedió en el cargo, Gabriel Boric; el ex vicepresidente de la FECh, Francisco Figueroa; el ex presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, Giorgio Jackson; la ex presidenta de los estudiantes de la Universidad de Concepción, Karol Cariola; la ex presidenta de los estudiantes de la Universidad Central, Daniela López; y Sebastián Farfán, dirigente de la Universidad de Valparaíso, fueron candidatos a parlamentarios en las últimas elecciones realizadas el 17 de noviembre de 2013. De ellos, Camila Vallejo, Karol Cariola, Gabriel Boric y Giorgio Jackson obtuvieron resultados favorables, que les permitieron convertirse en diputados nacionales de Chile. Junto a estos dirigentes estudiantiles también se postularon otros referentes sociales, como el presidente de la organización de los trabajadores subcontratados de la minería del cobre, Cristián Cuevas, y el principal dirigente del levantamiento de la región de Aysén en defensa de los recursos naturales y el medio ambiente, Iván Fuentes; lo cual habla de las sinuosas relaciones entre organizaciones sociales, movilizaciones y sistema político en el Chile actual.

Brasil: las juventudes que no miramos

Las manifestaciones producidas en Brasil durante los meses de junio y julio de 2013 marcaron un quiebre respecto de las formas de protesta y movilización popular en la historia reciente de ese país. Algunos rasgos de estas movilizaciones callejeras podrían rastrearse en el movimiento *DiretasJá* (de 1984-85, marcando el fin de la dictadura militar en Brasil) o en las protestas por el *ForaCollor* (que empujaron el juicio político y la renuncia del presidente Fernando Collor de Mello) y también en algunas grandes movilizaciones de las organizaciones rurales como el Movimiento Sin Tierra (MST); pero lo sucedido en los últimos meses adquirió formas disruptivas presentando varios elementos innovadores.

Así, a mediados de 2013 decenas de miles de jóvenes se organizaron y movilizaron en Brasil, ocupando calles, plazas y edificios públicos durante varios días y expresando las limitaciones de los avances políticos y sociales que vivió ese país en los últimos años. En estas movilizaciones, que no pudieron ser apropiadas por los partidos políticos y las corporaciones hegemónicas como los medios masivos de comunicación, se pusieron en juego tanto el sentido y la producción de lo público, como los usos de los dineros estatales, las connivencias con la empresa privada, el uso y apropiación del espacio urbano y las formas de participación política, entre otros puntos.

Más allá de la sorpresa que pudieron haber causado en algunos sectores y analistas estas movilizaciones, si nos enfocamos en lo que acontecía entre los colectivos juveniles de Brasil desde tiempo atrás surgen varios elementos que pueden contribuir a su comprensión. Así, más que sorpresa por una irrupción impensada, que no era imaginable unas semanas antes de los acontecimientos, lo que encontramos es un proceso de creciente conflictividad y organización de los jóvenes urbanos en las principales ciudades en los últimos años que, sin restar los elementos de ruptura e imprevisibilidad que caracterizaron a estas movilizaciones, nos permiten comprender sus rasgos, dinámicas y sentidos con una perspectiva de mediana duración.

Aquí nos enfocaremos en las movilizaciones de la ciudad de San Pablo, uno de los epicentros de las manifestaciones, asumiendo que el proceso adoptó formas singulares en cada una de las más de trescientas ciudades en las que se desplegó, pero intentando encontrar en el caso paulista algunos elementos comunes que contribuyan a una caracterización más general. En particular, nos enfocaremos en la dinámica de organizaciones urbanas como el *Movimento pelo PasseLivre* (MPL), el *Movimento Tarifa Zero* (MTZ), que surgió del MPL, y los *Comitês Populares da Copa* (CPC).

Las tres organizaciones aglutinaron mayoritariamente a sectores medios. Aquí consideraremos también los procesos que se produjeron en las periferias pobres, y los crucen entre ambos espacios geográficos y sociales.

El *Movimento pelo Passe Livre* surgió en la ciudad de Porto Alegre en 2005 y antes de 2013 había protagonizado numerosas manifestaciones y acciones de protesta en ciudades como Curitiba, Florianópolis o Salvador de Bahía, además de entablar relaciones con el MST y realizar iniciativas de formación en conjunto.³⁰ La organización está conformada por jóvenes urbanos, en su mayoría universitarios y profesionales, y se autodefine como un “movimiento social autónomo, apartidario, horizontal e independiente, que lucha por un *transporte público de verdad*, gratuito para el conjunto de la población y fuera de la iniciativa privada” (itálicas en el original, “*O que é o Movimento Passe Livre*”, en <http://tarifazero.org/mpl/>). Al describir sus formas organizativas, el colectivo destaca que se basan en la autonomía y la independencia, el apartidismo (pero no el anti-partidismo) y la horizontalidad. Las formas de vinculación con el estado y el sistema político pueden resumirse en la idea de que buscan incidir en las políticas públicas de transporte a nivel gubernamental, pero sostienen una práctica política cotidiana a partir de la convicción de que “existe política más allá del voto” (“*O que é o Movimento Passe Livre*”, en <http://tarifazero.org/mpl/>).

El MPL comenzó pidiendo la exención de la tarifa del transporte urbano para algunos sectores como el estudiantil y fue ampliando su propuesta hasta luchar por la gratuidad del transporte público para todos, en base a que se trata de un derecho esencial al que todas las personas deberían poder acceder, y no de una mercancía cuya compra depende del poder económico de quien la consume. De esta manera, no sólo se discute el precio o gratuidad del transporte público, sino la concepción misma de derecho universal y, en especial, de derecho a habitar y transitar por la ciudad sin exclusiones o segregaciones. Así, entre 2005 y 2011 el MPL pasó de ser un movimiento sectorial a expresar un conflicto más general y abarcador en torno a la ciudad, sus usos, apropiaciones y producciones territoriales y políticas.

A principios de mes de junio de 2013, el MPL comenzó a manifestarse en contra de una nueva suba de precio del transporte en la ciudad de San Pablo, continuando una dinámica ya conocida en la organización. Una de estas movilizaciones callejeras fue reprimida por la policía con un saldo de centenares de heridos y doscientos treinta detenidos (<http://www.>

30. Estos y otros datos del MPL están tomados del sitio <http://tarifazero.org/mpl/> y de Zibechi (2013).

territorioidigital.com/notaimpresa.aspx?c=8749817684776925, visitado en noviembre 2013). Lejos de disipar la protesta, esta represión multiplicó las manifestaciones y las extendió a otras ciudades de Brasil. Así, en pocos días hubo movilizaciones en más de 353 centros urbanos, en las que participaron casi dos millones de personas según distintas fuentes (Zibechi, 2013: 16; Braga, 2013: 53). También en junio los CPC se manifestaron en Río de Janeiro, Brasilia y otras ciudades contra la especulación inmobiliaria y el gran presupuesto gastado en la construcción de estadios, en lugar de destinarlo a la construcción de viviendas y otra infraestructura pública. Durante la realización de la Copa Confederaciones, que se efectuó en junio de 2013, los *Comitês Populares da Copa* organizaron movilizaciones callejeras y ocupaciones de espacios públicos, en lo que se presentó como una muestra de lo que podría ocurrir, ampliado, si las obras para el Mundial de Fútbol Brasil 2014 continuaban sin cambios, desoyendo los crecientes reclamos sociales.

Las movilizaciones se fueron masificando y aunque a los pocos días de iniciado el ciclo de protestas la suba de tarifas se había cancelado, el proceso de organización popular continuó y se amplió a numerosos sectores, que desbordaron tanto a las organizaciones que impulsaron las primeras marchas (MPL, algunas juventudes partidarias, los CPC, entre otros) como a los sectores medios urbanos que las protagonizaron.

Uno de los hechos que muestra la masificación y profundización de las manifestaciones fue la realización de una huelga general el 11 de julio de 2013 (Antunes, 2013). Esta huelga fue convocada en forma conjunta y coordinada por las seis centrales sindicales que existen en Brasil (Central Única de Trabajadores –CUT, cercana al gobernante Partido de los Trabajadores–, Fuerza Sindical, Central de Trabajadores Brasileños, Unión General de Trabajadores, Nueva Central y Conlutas) con el apoyo del Movimiento Sin Tierra y la Unión Nacional de Estudiantes. Fue la primera huelga que se produjo en este país en veintidós años, la segunda desde la restauración democrática en 1985, y según varios analistas y protagonistas, la movilización obrera más importante desde la campaña por las *Diretas Já*. Además, a partir de esta huelga se comenzaron a producir acercamientos entre los trabajadores del sindicato del transporte y el MPL (Braga, 2013: 59).

De esta manera, podemos decir que las movilizaciones en San Pablo fueron el disparador de una ola de manifestaciones que se expandió por las principales ciudades, incorporando luchas locales y demandas más generales que excedieron las cuestiones del transporte para abarcar asuntos vinculados al uso de los presupuestos públicos, la corrupción, los negocios inmobiliarios, el derecho a la vivienda y a habitar en la ciudad, y las formas de participación política, entre los principales.

Lo que se puso en juego no era, entonces, una mera cuestión tarifaria, sino un cuestionamiento más general que visibilizó las limitaciones del modelo de acumulación y el sistema político de Brasil que, a pesar de los cambios de los últimos años, continúa siendo un país con una alta desigualdad social, étnica, de género, territorial y generacional, con graves problemas en la salud y la educación públicas, y con ciudades expulsivas y segregadas. En efecto, en las movilizaciones se produjo un interesante, aunque breve, proceso de confluencia —no sin tensiones y contradicciones— entre los sectores medios y las periferias pobres de las grandes ciudades, como San Pablo o Río de Janeiro. Jóvenes universitarios, profesionales y habitantes de barrios residenciales se encontraron en las calles con los colectivos juveniles de las periferias, estableciendo relaciones iniciales en algunos casos y fortaleciendo vínculos originados en trabajos comunitarios y territoriales en otros. Por algunos días o semanas, los jóvenes de las periferias pudieron habitar con cierta legitimidad el centro de las ciudades, superando prejuicios y segregaciones. Muchos de los jóvenes de sectores medios, que pudieron haber apoyado la creación de las Unidades de Policía Pacificadora (UPP) para controlar represivamente las *favelas* de Río de Janeiro y garantizar la seguridad de los barrios residenciales, se hallaban junto a personas jóvenes como ellos, que seguramente fueron objeto de esa represión.

Varios son los elementos que pueden explicar la relativa dilución de las movilizaciones en los meses sucesivos. Si bien aquí no trataremos este tema por cuestiones de espacio, podemos adelantar que la irrupción de algunos grupos que llevaron adelante acciones directas de confrontación abierta con la policía y destrucción de edificios y bienes públicos, en general identificados con el anarquismo; y la aparición de sectores de derecha que adhirieron a las manifestaciones con el sólo objetivo oportunista de socavar al gobierno federal o a gobiernos locales del Partido de los Trabajadores y sus aliados, fueron dos de los posibles elementos que contribuyeron a cierta desarticulación. Sin embargo, varios meses después del inicio de este ciclo, las movilizaciones continúan. Por ejemplo, el 15 y 16 de octubre de 2013 se produjeron importantes manifestaciones en Río de Janeiro y San Pablo. En la primera ciudad, protagonizadas sobre todo por profesores que reclamaban aumento salarial y mejores condiciones de trabajo; en la segunda, llevadas adelante por estudiantes universitarios que luchan por una mejora de la calidad de la educación superior, la democratización en la forma de elección de autoridades y el derecho a la educación para todos. Aunque la represión a las movilizaciones continúa, el objetivo amedrentador se cumple sólo parcialmente, ya que ante cada ataque policial la solidaridad se expande generando nuevas expresiones públicas de protesta.

A partir de lo dicho podemos destacar dos rasgos característicos de este proceso de movilización juvenil analizado en la mediana duración. Se trata, por un lado, de movilizaciones que superan ampliamente los reclamos sectoriales para discutir cuestiones más amplias y cuestionar la dinámica urbana del Brasil actual. Sobre todo, en lo que hace al mercado inmobiliario, la vivienda y el derecho a transitar libremente y sin restricciones por la ciudad, rompiendo la segregación espacial que limita las posibilidades de apropiación de la ciudad por parte de amplios sectores de la población, en especial jóvenes de las periferias. Asimismo, los colectivos y organizaciones que impulsaron este proceso expresan otras formas de habitar la ciudad y de uso, apropiación y producción de lo público, no sólo a nivel espacial concreto, sino también abarcando al transporte y las condiciones que posibiliten la libre movilidad urbana, el derecho al ocio; y extendiéndose a formas estéticas y artísticas de intervenir la ciudad con murales, grafitis o *pixações*³¹.

Por otra parte, este proceso también expresó formas alternativas de producción y práctica políticas, distintas a las dominantes. No sólo porque cuestionó la capacidad del estado para ejecutar políticas públicas que tiendan al bienestar común y no al negocio para pocos; sino también porque mostró las limitaciones de la organización partidaria para llevar adelante procesos de movilización social disruptivos y masivos; y porque desplegó formas de organización internas de los colectivos y de articulación entre colectivos que se basaron en la discusión de las jerarquías y la participación directa —no delegada o mediada—, tanto en la deliberación como en la toma y ejecución de las decisiones.

Para completar el panorama de las movilizaciones juveniles en el Brasil reciente, presentaremos las apariciones públicas conocidas como *rolezinhos*³², que consisten en presentaciones de jóvenes de las periferias paulistas en centros comerciales del centro de la ciudad, causando con su sola presencia un acontecimiento disruptivo que expresa los conflictos profundos que atraviesan a la sociedad brasilera actual. Los jóvenes se autoconvocan por redes sociales como *Facebook* y luego filman sus apariciones, con lo cual la resonancia en internet se multiplica. El objetivo es poner en evidencia que estos espacios públicos dedicados al consumo y

31. La *pixação* es una práctica similar al grafiti, en la cual los *pixadores* realizan inscripciones callejeras con tipografías singulares y distintivas, generalmente en forma clandestina u oculta. En San Pablo existen decenas de colectivos juveniles de *pixadores*, que despliegan sus propuestas estéticas en las paredes de la ciudad.

32. En algunos *rolezinhos* se llegaron a reunir más de seis mil jóvenes, como los que ocurrieron en varios centros comerciales paulistas entre los meses de diciembre de 2013 y febrero de 2014.

el tiempo libre, que declamativamente están abiertos para todos los que ingresen en la lógica de ocio mercantilizado, en realidad están vedados para ciertos grupos sociales que no se ajustan a los cánones hegemónicos. Estas formas de presentación pública de los jóvenes de la periferia tensionan varios elementos que es importante mencionar. Por un lado, dejan en evidencia las limitaciones y contradicciones de las nociones de consumidores y ciudadanos que interpelan a las juventudes en la actualidad. Las promesas de consumo como símbolo de bienestar y ascenso social y las consignas que hablan de la ciudadanía como vía de inclusión, se muestran impotentes ante la aparición de jóvenes de los suburbios que lo único que hacen es ser ellos mismos, pero ya no reclusos en sus espacios y barrios sino en otros ámbitos por los que no circulan cotidianamente. Pareciera que no hay problema si los jóvenes permanecen en la periferia; el conflicto comienza cuando osan circular y traspasar límites simbólicos, que no por poco visibles son menos reales y efectivos. Como si el aumento de las tarifas del transporte y otras formas de segregación urbana no alcanzaran; es necesaria la represión abierta cuando los jóvenes de sectores populares se manifiestan y habitan otros ámbitos.

Coincidimos con la antropóloga brasileña Silvia Borelli, quien afirmó que “estamos viendo formas de movilización diferentes en las que se combinan la cultura, el consumo, el placer y nuevas formas de hacer política”³³. Lo que está en juego es el concepto mismo de espacio público. Los jóvenes lo tensionan y muestran sus limitaciones, a la vez que lo ocupan, reapropian y reconfiguran. Se discuten así también las modalidades de acceso, uso y derecho a la ciudad, y las apropiaciones y formas legítimas de habitar el espacio urbano. Asimismo, ambas expresiones de movilización juveniles hacen visible un cuestionamiento más general que expuso las limitaciones del modelo de acumulación y el sistema político de Brasil.

Colombia: de la mano de la MANE

La Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE) nació a mediados de 2011 con la convocatoria a un paro nacional estudiantil en rechazo a la política educativa llevada adelante por el gobierno colombiano. El hecho que detonó el conflicto fue el intento de reforma de la denominada Ley 30, que rige la Educación Superior de Colombia desde 1992. Los cambios que

33. Declaraciones de Silvia Borelli publicadas en la nota “Brasil: centros comerciales de Brasil se preparan para invasión de ‘rolezinhos’, jóvenes que bajan de las favelas”, *Infobae*, 15/1/2014.

se pretendían hacer en la legislación buscaban profundizar la privatización y mercantilización de la Educación Superior en ese país.

Pronto la MANE logró organizar a la gran mayoría de los estudiantes universitarios de Colombia y frenó la reforma legislativa. Según palabras de algunos de sus miembros, desde ese gran paro estudiantil de 2011, la MANE “emprende un movimiento por construir un modelo alternativo de educación superior, donde el criterio no sea la capacidad de pago de los colombianos sino la universalidad, calidad y gratuidad en la educación superior” (tomado del facebook de la MANE, marzo de 2014).

De esta manera, esta organización estudiantil se expandió por la mayoría de las universidades constituyendo mesas locales por casa de estudios y estableció vínculos con organizaciones de profesores, trabajadores y otros sectores sociales. La gran masividad, la repercusión y el consenso social que lograron las movilizaciones de la MANE obligaron al gobierno a retirar el proyecto de reforma de la Ley 30 del Parlamento, a reconocerlos como interlocutores válidos y legítimos, y a convocarlos al diálogo para trabajar en otra reforma educativa que considerase las propuestas estudiantiles. A raíz de las posiciones críticas frente al sistema político-partidario de Colombia que sostiene esta Mesa, participar de los debates convocados por el gobierno produjo una gran discusión en la organización. La posición que prevaleció, no sin tensiones y contradicciones, fue la que aceptó participar de las interlocuciones desde una posición de diálogo directo, sin mediaciones.

Las líneas de trabajo que desplegó la MANE se orientaron en dos sentidos principales, que surgen tanto de una metodología pensada para lograr el éxito de los objetivos de mejora y desmercantilización de la Educación Superior que la organización se propone, con el propósito de construir un consenso social amplio que fortalezca al movimiento y a la vez lo resguarde de la fuerte represión estatal y paraestatal que se vive en Colombia desde hace años.

En cuanto a la elaboración de una propuesta alternativa para la Educación Superior colombiana, el movimiento sostiene la necesidad de “construir una educación como un derecho fundamental y no como una mercancía” y de lograr “una Ley alternativa de Educación Superior, que debe ser democrática y cualificada, además de concertada con todos los sectores democráticos del país” (<http://manecolombia.blogspot.com.ar>).

Estas posiciones fueron llevadas a la primera reunión de interlocución con el gobierno colombiano, que se realizó en mayo de 2012 y a la que concurrieron la Ministra de Educación, María Fernanda Campo, y el Viceministro de Educación Superior, Javier Botero. Por el lado de la MANE participó la comisión de Voceros Nacionales, que recibió mandato

del plenario de la Mesa que se había realizado en diciembre de 2011. Es importante señalar que las modalidades con las que se organiza este movimiento están vinculadas al ejercicio de la democracia directa (basada en la participación por sobre la delegación, siendo las asambleas los espacios de decisión más importantes), y a la discusión de las jerarquías y verticalismos (con delegados o voceros rotativos, que se presentan como portavoces y no como dirigentes). Asimismo, las movilizaciones se basan en la acción directa e incluyen una dimensión artística y estética, que muchas veces configura las prácticas que se despliegan en los espacios públicos que se apropian o se producen colectivamente.

Según la propia MANE, la metodología con la cual viene trabajando en la elaboración de una nueva ley de Educación Superior, alternativa tanto a la Ley 30 vigente como a la reforma que pretendía imponer el gobierno, se propone como democrática y participativa. Destacamos aquí dos rasgos de esta metodología de trabajo. Por un lado, la propuesta de un diálogo directo y sin mediaciones con las instancias estatales que tengan poder de decisión. Esto replantea las prácticas de la política clásica basada en la representación y en la delegación de las negociaciones en mediadores entre el estado y el movimiento. Por otra parte, la MANE convocó a diversos sectores sociales para que sean parte de las discusiones y las propuestas resultantes.

Así, la Mesa estableció lazos de articulación con otras organizaciones como la Federación Nacional de Profesores Universitarios (FENALPROU), la Asociación Sindical de Profesores Universitarios (ASPU), el Congreso de los Pueblos, la Minga de Resistencia Social y Comunitaria, la Marcha Patriótica, el Polo Democrático Alternativo, el Sindicato de Trabajadores de Universidades Nacionales (SINTRAUNAL), el Sindicato de Trabajadores de las Universidades de Colombia (SINTRAUNICOL), la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN) y otros representantes estudiantiles de Instituciones de Educación Superior de Colombia (<http://manecolombia.blogspot.com.ar>). Si repasamos las organizaciones mencionadas, encontramos tanto sindicatos como movimientos comunitarios, barriales y territoriales, además de agrupamientos políticos con orientaciones de izquierda. Este amplio espectro de grupos y sectores con los que la MANE tiene vínculos, profundiza las repercusiones de sus acciones y propuestas, que exceden el ámbito educativo para constituirse en un polo de crítica integral más general al sistema dominante. Desde ya, este lugar de protagonismo social que fue ganando la MANE generó que la represión estatal cayera sobre muchos de sus miembros. La represión continúa y fue tal que incluyó la ocupación militar de la Universidad de Antioquia (Medellín), una de las principales universidades públicas de Colombia.

Los consensos logrados y la superación de las demandas sectoriales pueden verse en las principales propuestas que la MANE expresa de esta manera:

“construir una educación como derecho alejada del ánimo de lucro, con financiación estatal adecuada y que avance hacia la gratuidad, que sea respetuosa de la autonomía universitaria, las libertades democráticas y los derechos humanos (...) cumplir las garantías políticas y académicas para el desarrollo de la movilización y la construcción programática desde el movimiento estudiantil, entre ellas la urgencia de sanear el déficit del sistema de universidades públicas así como el indispensable retiro de la fuerza pública de los campus universitarios (...) exigir que el gobierno nacional no lleve a cabo una reforma a la Educación Superior en Colombia hasta tanto no se hayan agotado los tiempos definidos en la metodología de la MANE y respaldados por los sectores con los que trabajamos” (<http://manecolombia.blogspot.com.ar>).

Asimismo, en su primer programa mínimo aprobado en agosto de 2011, la Mesa se pronuncia por “la solución política y dialogada al conflicto armado interno que vive el país” (<http://manecolombia.blogspot.com.ar>).

Además de recuperar experiencias y tradiciones nacionales, la MANE alude expresamente al caso chileno para sustentar su acción. Esto se produce en al menos dos sentidos. Por un lado, por las grandes similitudes que presentan Colombia y Chile en cuanto a sus políticas económicas, sus sistemas educativos, el seguimiento de los planes de organismos financieros internacionales y la OCDE, y sus relaciones con Estados Unidos, entre otros puntos. De hecho, el gobierno colombiano reconoció que las reformas que impulsaba de la Ley 30 estaban inspiradas en el sistema universitario chileno, que ya había demostrado su agotamiento a escala nacional.

Por otro lado, porque la experiencia de las movilizaciones que al menos desde 2006 protagonizan los estudiantes secundarios y universitarios de Chile sirvió como motor de las luchas en Colombia. Estas relaciones se plasmaron, entre otras cosas, en encuentros que se realizaron a escala regional y continental en los que confluyeron estudiantes colombianos, chilenos y mexicanos, entre otros.

Durante 2013 y 2014 las acciones de la MANE concentraron una gran adhesión popular, con propuestas que exceden las cuestiones sectoriales y se ocupan del proceso de paz iniciado en Colombia o el denominado paro campesino, que discute las implicancias sociales de los tratados de libre comercio con Estados Unidos, por ejemplo. A la vez, discuten los fundamentos mercantiles y elitistas que sostienen las reformas que el gobierno busca imponer. Así, la consigna principal elaborada para encabezar las movilizaciones del 20 y 21 de marzo de 2013, que luego se replicó

en otras acciones públicas, expresó: “porque gratuidad con calidad sí es posible”.

México: de los ciento treinta y dos a los cuarenta y tres

Cuando en mayo de 2012 Enrique Peña Nieto y un grupo de políticos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) rechazaron la protesta que un grupo de estudiantes de la Universidad Iberoamericana había realizado durante su visita a esa institución, acusándolos de no ser estudiantes o de estar manipulados, seguramente no imaginaron que estarían ante el nacimiento del movimiento que se conocería como #YoSoy132. En efecto, esta organización surgió a partir de la declaración de 131 estudiantes de la Universidad Iberoamericana (México DF), que filmaron un video mostrando sus credenciales universitarias para comprobar que no eran sólo un puñado, que eran estudiantes que habían protagonizado una protesta genuina en plena campaña electoral previa a las elecciones presidenciales y que no estaban manipulados. El video de los 131 estudiantes de la *Ibero* fue subido a *Youtube* y alcanzó decenas de miles de reproducciones en pocas horas. De esta manera, los estudiantes que buscaban solidarizarse con los 131 que habían sido acusados por protestar contra Peña Nieto comenzaron a difundir la frase “yo soy el 132”. La gran expansión que tuvo este movimiento a través de las redes sociales, especialmente en *Twitter*, llevó a la adopción del símbolo numeral como su emblema, que se usa allí para identificar las últimas tendencias.

De esta manera, vemos que si bien #YoSoy132 es un movimiento compuesto en su mayor parte por estudiantes y que surge como una iniciativa estudiantil, no se enfoca sólo en las cuestiones educativas sino que busca cambios en temas más amplios, como los medios de comunicación y el sistema político.

Si bien México es un país en el cual el movimiento estudiantil tiene una gran tradición de luchas y movilizaciones³⁴, #YoSoy132 aparece más como un movimiento ciudadano encabezado por estudiantes que como uno específicamente estudiantil. Los ocho principios generales que lo guían permiten dar cuenta de esto. Según sus propias declaraciones, #Yo-

34. Las experiencias que conforman la tradición del movimiento estudiantil universitario mexicano pueden remitirse, por ejemplo, a los acontecimientos de Tlatelolco en 1968 (una movilización estudiantil en México DF, en un marco de luchas populares más amplias, que fue reprimida con un saldo de centenas de muertos) y, más recientemente, a las luchas de los estudiantes de la UNAM (y de otras universidades) en 1999 y 2000, contra las políticas neoliberales.

Soy132 se define como un movimiento: *apartidista* (sin vínculo orgánico con partidos políticos), *pacifista* (sus manifestaciones, protestas o acciones rechazan cualquier tipo de violencia como recurso para alcanzar sus objetivos³⁵), *incluyente y plural* (busca la inclusión de todas las personas que coincidan con sus planteos, aunque sean miembros de otra organización, siempre respetando la diversidad y la autonomía), *político y social* (encaran acciones vinculadas con los asuntos políticos y públicos de México), *autónomo y responsable* (busca la autonomía a través de las comisiones y comités que integran #YoSoy132, respetando las decisiones que éstas toman a través del diálogo, como parte de la expresión libre y democrática de cada una de ellas), *que respeta la libertad de expresión* (busca la circulación horizontal y transparente de la información), *comprometido en la construcción del país y la transformación de su sociedad* (participando activamente a favor de la sociedad y de la vida pública), *que rechaza la falsa democracia y las imposiciones* (busca contrarrestar las acciones políticas que corrompen la democracia y la ciudadanía). (<http://www.yosoy132media.org/quienes-somos/>).

A partir de estos principios, #YoSoy132 se plantea articulaciones con distintos sectores organizados de la sociedad mexicana, para “construir lazos de solidaridad y respeto con la ciudadanía a través de los cuales sea posible articular un plan de acción para la transformación” (<http://www.yosoy132media.org/quienes-somos/>). Esta impronta ciudadana –plural, diversa y amplia– generó una forma de organización descentralizada y fuertemente reticular. En efecto, el movimiento está conformado por diversos comités y nodos, que funcionan con autonomía relativa entre sí. Existen las asambleas generales de #YoSoy132, pero la composición de los distintos comités es dinámica y flexible. Asimismo, los voceros del movimiento son rotativos y tienen sólo el lugar de portavoces o referentes circunstanciales para los medios de comunicación.

Como dijimos, la problemática de los medios y las redes sociales es fundamental para esta organización, en varios sentidos. Por un lado, la búsqueda de la democratización de los medios de comunicación y la denuncia de las situaciones de concentración, censura y manipulación mediática son centrales desde el origen del movimiento. Por otro, el movimiento originó el grupo #Yosoy132media que, inicialmente ocupado de las cuestiones de relaciones con los medios masivos de comunicación, se constituyó en uno de los nodos más importantes, visibles y activos. En tercer lugar, las redes sociales desempeñan un lugar de fundamental

35. Esto los acerca a la experiencia colombiana pero los distingue del caso chileno ya que el movimiento estudiantil no rechaza allí la apelación a la violencia como forma de lucha.

importancia en el movimiento, no solo en la visibilidad externa y la viralización de sus acciones, sino también en las comunicaciones e intercambios entre los integrantes de la organización y sobre todo en la misma configuración de sus acciones. Es decir, la visibilidad en las redes sociales no es un efecto posterior de las prácticas de este colectivo, sino que constituye un elemento que las conforma desde el inicio.

Si bien los resultados de las elecciones presidenciales de julio de 2012 no expresaron, a primera vista, un triunfo de los planteos de #Yosoy132, su legitimidad social se mantuvo y sus acciones continuaron excediendo los espacios estudiantiles, generando amplios consensos y adhesiones, particularmente marcadas con otras organizaciones juveniles que despliegan trabajos a nivel cultural, artístico, expresivo y territorial.

El 26 de septiembre de 2014 se produjo otro hecho que marcó la dinámica de la movilización y el conflicto social en México. Un intento de manifestación contra las autoridades municipales de Ayotzinapa (Iguala, estado de Guerrero) fue reprimido por la policía local apoyada por grupos aparentemente paramilitares, dejando un saldo de seis muertos y 43 desaparecidos. Cuatro de los seis muertos y la totalidad de los desaparecidos son estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos (conocida como Escuela Normal Rural de Ayotzinapa)³⁶. En una situación política ya convulsionada por los conflictos vinculados con bandas relacionadas con el narcotráfico y por las mencionadas movilizaciones iniciadas por #Yosoy132, la represión a las manifestaciones de Ayotzinapa y el saldo de muertos y desaparecidos disparó protestas sociales en las principales ciudades mexicanas. Asimismo, acentuó el ciclo de movilizaciones y contribuyó a fortalecer o reconstruir redes entre diversos colectivos movilizadas, las que se habían debilitado en los últimos años. De esta manera, estudiantes universitarios de grupos sociales medios y medios altos que dieron nacimiento a #Yosoy132 en México DF, miembros de los grupos zapatistas del sur del país, alumnos provenientes de sectores bajos y trabajadores que estudian en Escuelas Normales Rurales, sectores medios urbanos, intelectuales, profesores y diversos colectivos juveniles, confluyeron en acciones callejeras y movilizaciones que ocuparon espacios públicos en distintas ciudades mexicanas.

A partir de lo dicho, podemos ver como estas manifestaciones juveniles han abierto o dinamizado ciclos de movilización más amplios, involu-

36. Esta Escuela tiene una tradición de organización y lucha y sus estudiantes han sido protagonistas de otros conflictos. Por ejemplo, en diciembre de 2011 se produjo otra represión a protestas estudiantiles que dejó dos muertos en un episodio conocido como “conflicto de Ayotzinapa”.

crando a otros sectores sociales y construyendo o recomponiendo redes que despliegan propuestas que exceden lo generacional para cuestionar al sistema político mexicano y sus principales lógicas hegemónicas.

PALABRAS FINALES

Hacia las configuraciones generacionales de la política

En los diferentes capítulos de este libro hemos realizado un recorrido por las principales formas en las que se expresan las relaciones entre juventudes y políticas, tanto en la Argentina como en cuatro países de América Latina. Con perspectiva histórica, centramos nuestro análisis en la comprensión de las modalidades de participación, organización, militancia y movilización políticas que producen las juventudes en la actualidad.

Identificamos sus singularidades y rastreamos algunos de los procesos a partir de los cuales se constituyeron las formas juveniles de la política que hoy consideramos emergentes. La principal hipótesis que guió nuestro trabajo fue que para comprender las modalidades de producción política y la dinámica de los conflictos sociales en la región es necesario partir del análisis de las experiencias de politización juveniles. Así, pensamos que la dimensión generacional constituye una vía de ingreso muy potente y fructífera para entender los procesos de movilización y los principales conflictos por los que atraviesan la mayoría de los países latinoamericanos. Desplegando sus diversidades constitutivas y emprendiendo acciones para contrarrestar las desigualdades a las que están expuestas, las juventudes contemporáneas expresan cotidianamente su capacidad de innovación, disrupción y producción política, marcando muchas veces las agendas públicas e instituyéndose en emergentes de conflictos sociales más generales.

Señaladas sus especificidades, destacaremos a continuación los rasgos comunes de las experiencias de politicidad juveniles que presentamos, que además coinciden con algunas de las principales características de otras organizaciones juveniles y sus formas de participación política en la

América Latina actual³⁷. Avanzaremos de esta manera en la identificación de las configuraciones generacionales de la política, que no son exclusivamente juveniles. Estos son los elementos que destacamos como componentes de estas configuraciones.

En primer lugar, la construcción de vínculos con el estado basados en una interlocución directa, sin mediaciones. El diálogo entre los voces de los movimientos y el estado se plantea de manera directa, sin la intermediación de partidos políticos, sindicatos y también sin la designación de representantes permanentes. Esta relación distinta que se busca constituir, expresa otra forma de entender y practicar la política en la cual las modalidades organizativas y la construcción de lazos sociales son tan importantes como el logro de objetivos inmediatos y la exhibición de logros absolutos. Asimismo, se plantea una relación simétrica, pero no especular, y se busca llevar al estado al terreno del movimiento más que adaptar a la organización a las modalidades de negociación impuestas por las instituciones existentes. Las formas de democracia directa –que estimulan la participación más que la delegación o representación– que los movimientos despliegan se ligan con estos modos de vínculo.

En segundo término, señalamos que estos movimientos se enmarcan en el proceso de paulatina ampliación de derechos y de creciente consideración de las diversidades sociales que se produjo en América Latina en los últimos años y que involucró especialmente a los jóvenes, que muchas veces fueron los principales beneficiarios de estos nuevos derechos y también los principales luchadores para lograrlos. La denominada “tercera generación de Derechos Humanos” se profundizó y amplió en la región, incorporando derechos de diversas minorías (étnicas y sexuales entre las principales) e introduciendo nociones como “buen vivir” (*sumak kawsay*), soberanía alimentaria y los derechos de la tierra en materia de extractivismo y explotación de los recursos naturales. Así, tanto las cuestiones vinculadas a grandes colectivos sociales excluidos durante años, como las relacionadas con el medio ambiente y la tierra, y otros asuntos como el derecho al ocio o el tiempo libre y el derecho a la ciudad, se convirtieron en objeto de derecho y políticas públicas. La nueva agenda

37. Nos referimos a las organizaciones con las cuales trabajamos en los últimos años. Sobre todo en la investigación, que fue parte de la tesis doctoral del autor, acerca de algunos colectivos juveniles urbanos de la zona sur del Gran Buenos Aires, en especial grupos juveniles vinculados a los Movimientos de Trabajadores Desocupados de esa zona, y a experiencias de tomas de tierras y asentamientos urbanos. También trabajamos con otros colectivos juveniles más vinculados a temáticas culturales, como centros culturales barriales, murgas, bachilleratos populares y otras experiencias educativas alternativas. Para ampliar, ver Vommaro (2009) y Vommaro (2010).

de derechos que se conformó en la región se nutrió también de las recientes discusiones acerca del derecho a la educación, especialmente en lo referido a la educación superior. Así, las movilizaciones de estudiantes secundarios y universitarios en los países seleccionados pusieron en evidencia las crecientes limitaciones y los urgentes cambios que requieren los sistemas educativos en América Latina. Esta situación se torna aún más significativa si coincidimos con Tapia (2012) en que “el derecho a estudiar ha generado y genera capacidades que producen, históricamente, una ampliación de los derechos por la vía del desarrollo de conocimientos y de capacidades, que permiten ir modificando formas más estrechas de pensar los derechos de la igualdad, también capacidades para pensar las instituciones necesarias, las políticas y los modos de generar los recursos y producir los bienes públicos.”

Sin duda, en este proceso hay varias cuestiones que todavía están pendientes (como los derechos de salud sexual y reproductiva, la criminalización de algunos consumos y la estigmatización y persecución a ciertas juventudes), pero la mayoría ya han sido colocadas en el debate público y en la agenda de los derechos. Aunque no hayan sido aun sancionados o reconocidos formalmente en esa clave, esto habla de una ampliación de las fronteras de lo que es legitimable como derecho y también de un reconocimiento de diferentes diversidades que se visibilizan y emergen en el espacio público y en el conflicto social. Ampliación de derechos empujada por los movimientos, asunción de las diversidades como constitutivas de las juventudes contemporáneas y una política que se torna también ética, conforman una trama, entonces, que configura muchos de los rasgos de las organizaciones que aquí estudiamos.

Tercero, las formas de expresión pública de las movilizaciones sociales en América Latina experimentaron diversas transformaciones desde mediados de la década del noventa hasta la actualidad. Entre los jóvenes, estos cambios se expresaron en el crecimiento de otros modos de escenificar la presencia colectiva en el espacio público, sobre todo a través de la acción directa (expresada por ejemplo en la toma de un liceo o una universidad, y también en los *escraches* a políticos o instituciones). Estas formas de acción directa están ligadas a las modalidades de democracia directa, que caracterizan la disposición interna de las organizaciones e instituyeron una forma política que hemos denominado en otros trabajos “política con el cuerpo” o “política de cuerpo presente” (Vommaro, 2010). Entre otras cosas, esta modalidad fue una expresión del carácter indelegable que adquirió la política. Es decir, del cuestionamiento a la posibilidad de delegar la representación del propio cuerpo y la propia voz. Así, la acción directa y la política con el cuerpo se volvieron fundamentales, ya

que no sólo permitieron enunciar necesidades o aspiraciones; sino que a la vez, instituyeron formas de visibilidad social y de creación de valores y símbolos colectivos. Por eso, no sólo fue relevante la visibilización de los cuerpos sino además, y fundamentalmente, el proceso que podemos denominar “carnavalización de la protesta, la dramatización de los referentes identitarios, la imaginación para captar la atención de los medios de comunicación, trastoca las relaciones en el espacio público y señala la transformación en los modos de hacer política” (Reguillo 2003a:148). Se constituye, entonces, una estética singular, creada en torno a las acciones colectivas juveniles en la que lo político y lo artístico-cultural se encuentran inevitablemente articulados. A partir de lo dicho podemos pensar que las acciones directas que caracterizaron los movimientos juveniles que estudiamos implicaron también un proceso de apropiación, uso y producción del espacio público, instituyendo los espacios públicos no estatales –comunitarios– y expresando los desafíos a las formas establecidas que encarnaron estas organizaciones junto a otros sectores sociales.

Como cuarto elemento identificamos las nuevas formas y tecnologías de la comunicación y la información, en particular las redes sociales, que no son sólo un canal fundamental de expresión y visibilidad de los movimientos, sino que constituyen un componente relevante para comprender la constitución y consolidación de estas organizaciones. Así, estas redes se convierten en un territorio de acción política similar a otros, en los que por un lado, se produce una disputa por su control; y por otro se despliegan formas de comunicación interna y de acercamiento de nuevos miembros y adherentes, a la vez que se constituyen en alternativas informativas frente a los grandes medios masivos y corporativos.

En quinto lugar, la institución de formas alternativas de lo público, no sólo en cuanto a su uso o apropiación, sino también en lo referido a la producción de espacios públicos no estatales y no mercantiles, a partir de lógicas comunitarias. Una concepción de lo público en tanto lo común: una posibilidad para estar juntos con una composición distinta –y a veces en fuga– a las dinámicas hegemónicas que promueven la segregación y la competencia. Esta constitución de lo público no entendido sólo como lo estatal, se vincula con la forma social ocupación que describimos antes, en tanto modo particular de uso, apropiación y producción del espacio público y la dinámica comunitaria. Así, si Sennett en los años setenta postuló que el siglo XX fue la época del deterioro de lo público, identificando su proceso de declive y decadencia (Sennett, 1978 [2011]), podemos afirmar que los primeros años del siglo XXI son un momento de nueva expansión de lo público, en una dinámica no exenta de tensiones y disputas tanto materiales como simbólicas.

Un último punto que nos interesa señalar se vincula con el reciente proceso por el cual la juventud se convierte en una causa pública que produce adhesiones y movilización política. Esta cuestión fue abordada por Melina Vázquez (2012) y nos parece sumamente estimulante para estudiar los movimientos con los que aquí trabajamos. En muchas experiencias esto se complementa con una apelación a lo juvenil que es utilizada para connotar novedad, es decir, como símbolo de una forma la política que se reconoce como novedosa. De esta manera, muchos conflictos políticos aparecen expresados en clave de disputa generacional, contraponiendo a los jóvenes militantes con las estructuras políticas definidas como tradicionales, muchas veces identificadas con los partidos políticos o las instituciones estatales. Ser joven se convierte así en un valor político que simboliza una tensión —a veces opuesta o contradictoria— con las anteriores formas de hacer política que se consideran agotadas o impotentes en la coyuntura en la cual el movimiento despliega su acción (Vázquez y Vommaro, 2012). El cuestionamiento al sistema político, entonces, no se traduce en un alejamiento de la política por parte de los jóvenes organizados, sino más bien en iniciativas colectivas de producción política alternativa, en tensión con las dominantes.

Las diversidades de las experiencias de politicidad juveniles estudiadas son múltiples. Para terminar, podemos resumir las tres principales características comunes que podemos identificar en las relaciones entre juventudes y políticas: la persistente vocación de las organizaciones juveniles para continuar proponiendo alternativas innovadoras, su capacidad para seguir expresando rasgos generales de sus sociedades y su potencia para permanecer como protagonistas de los procesos sociales de movilización, conflicto y cambio en la Argentina y en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Sara V.; Martínez, Jorge. E. y Muñoz Gaviria, Diego (2009). "Contextualización teórica al tema de las juventudes: una mirada desde las ciencias sociales de la juventud", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y juventud*. Vol. 7. N° 1. Universidad de Manizales-CINDE, Colombia, 2009. Pp. 83-102.
- Alvarado, Sara V., Borelli, Silvia y Vommaro, Pablo (editores) (2012). *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*. CLACSO-Homo Sapiens, Buenos Aires.
- Alvarado, Sara.V y Vommaro, Pablo (editores) (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. CLACSO-Homo Sapiens, Buenos Aires.
- Balardini, Sergio (2000) "Prólogo" en Balardini, Sergio (comp) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo* Buenos Aires, CLACSO Pp. 7-19.
- Bauman, Zygmunt (2007). "Between Us, the Generations", en Larrosa, J. (ed.). *On generations. On coexistence between generations*. Fund. Vivir y Convivir, Barcelona, 2007. Pp. 365-376.
- Beltrán, Mariana y Falconi, Octavio (2011). "La toma de escuelas secundarias en la ciudad de Córdoba (2010): condiciones de escolarización, participación política estudiantil y ampliación del diálogo social", en *Propuesta Educativa* N° 35. Año 20. Jun 2011. Vol 1. PP. 27-40.
- Berguier, Rubén; Hecker, Ernesto y Schiffrin, Alejandro (1986). *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. Buenos Aires, CEAL.
- Bonaldi, Pablo (2006) "Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria" en Jelin, E. y Sempol, D. (comps.) (2006) *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires, Siglo veintiuno Pp. 143-182.
- Bonvillani, Andrea; Vázquez, Melina; Vommaro, Pablo. y Palermo, Bonvillani, Andrea, Palermo, Alicia, Vázquez, Melina. y Vommaro, Pablo (2010). "Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina", en Alvarado, S. y Vommaro, P. (editores). *Jóvenes, cultura y*

- política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires, CLACSO-Homo Sapiens. Pp. 21 a 54.
- Borelli, Silvia (2012). "Grupos juvenis, novas praticas políticas, açoes culturais e comunicacionais em São Paulo", en *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*. Buenos Aires, CLACSO-Homo Sapiens. Sara Victoria Alvarado, Silvia Borelli y Pablo Vommaro (editores).
- Capriati, Alejandro (2010). "Notas sobre cultura, desigualdad y violencia en una localidad suburbana del Gran Buenos Aires". En *Isociología*, 4 (2). Pp.15-29.
- CEPAL (2012) (2014). *Panorama Social de América Latina*. Disponible en www.cepal.org.
- Citro, Silvia (2008). "El rock como ritual adolescente. Trasgresión y realismo grotesco en los recitales de Bersuit" en *TRANS* (Revista Transcultural de Música), N° 12.
- CLACSO-UNESCO (2013). "Políticas de inclusión social de jóvenes en Latinoamérica y el Caribe: situación, desafíos y recomendaciones para la acción", Informe para la IX Reunión del Foro de Ministros de Desarrollo Social de América Latina y el Caribe. Buenos Aires, septiembre de 2013.
- Cozachcow, Alejandro (2013) *Juventudes partidarias en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Motivos de participación, proyecto colectivo y proyecto individual* (2012-2013). IDES-UNGS: mimeo.
- Chaves, Mariana (2006). "Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006" . *Papeles de trabajo* 5. Buenos Aires, IDAES-Universidad Nacional de San Martín.
- Chaves, Mariana. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- Chaves, María y Nuñez, Pedro (2012). "Youth and Politics in Democratic Argentina: Inventing Traditions, Creating New Trends (1983-2008)", en *Young - Nordic Journal of Youth Research*; 2012. Vol. 20. Pp. 337 – 57.
- Elisalde, Roberto (2007). *Estrategias y logros socioeducativos en bachilleratos populares autogestionados para jóvenes y adultos en la Argentina (2002-2005)*. Victoria, Tesis de Maestría en Educación, Escuela de Educación, Universidad de San Andrés.
- Enrique, Lara (2011). "La participación estudiantil en la escuela secundaria en la Argentina. Reconstrucción del conflicto en torno al protagonismo político de los jóvenes" Tesis de Maestría en Políticas Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Feixa, Carles. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Ariel, Barcelona.
- Ghiardo, Felipe (2004) "Generaciones y Juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset" en *Última Década* núm. 20, 2004. Centro de Estudios Sociales, Chile. pp. 11-46
- Hadad, María Gisela; Comelli, María y Petz, María Inés (2012). "De las asambleas barriales a las asambleas socioambientales: La construcción de nuevas sub-

- jetividades Políticas. Argentina 2001 – 2011” En *Astrolabio*. Nueva Época No 9 (2012), Universidad Nacional de Córdoba. Pp. 302-332.
- Jelin, Elizabeth (1989). “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio”. En Jelin, Elizabeth (comp) (1989) *Los nuevos Movimientos sociales. Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. Pp. 36-40.
- Larrondo, Marina (2013). *El movimiento estudiantil secundario en la Provincia de Buenos Aires: Organización, marcos de acción colectiva e identidades*. 2009-2012. IDES-UNGS (mimeo).
- Larrondo, Marina y Vommaro, Pablo (2013). “Juventudes y participación política en los últimos treinta años de democracia en la Argentina: conflictos, cambios y persistencias”, en Revista *Observatorio Latinoamericano*. N° 12. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires. En coautoría con Marina Larrondo. PP. 254-275.
- La Vaca (2011). “Los muertos del 19/20 de diciembre de 2001”, <http://www.lavaca.org/recuadros/los-muertos-del-1920-de-diciembre-de-2001/>, consultado el 2 de febrero de 2015.
- Lewkowicz, Ignacio (2004) Generaciones y constitución política [versión electrónica]. URL www.estudiolwz.com.ar.
- Lorenz, Federico (2004) “‘Tomála vos, dámela a mí’. La noche de los lápices: el deber de memoria y las escuelas” en Jelin, Elizabeth y Lorenz, Federico *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*. Buenos Aires, siglo veintiuno. Pp 95-131.
- Manheimm, Karl. (1928) [1993] “El problema de las generaciones” en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 62.
- Manzano, Valeria (2011). “Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX” en *Propuesta Educativa* Buenos Aires, Flacso N° 35 Pp. 41-52.
- Manzano, Valeria y Triguboff, Matías (2009). “La trama política de las ocupaciones de espacios públicos y privados: un estudio en asambleas y organizaciones de desocupados”, en el *I Congreso Nacional sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales*, UNQ-UBA, Buenos Aires.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1996). “La juventud es más que una palabra” en Margulis, M. (Ed.) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblos.
- Martín Criado, Enrique. (1998) *Producir la juventud* Madrid, Istmo.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática*. Buenos Aires, Gorla.
- Natalucci, Ana y Pérez, Germán (2012). “Introducción: el kirchnerismo como problema sociológico” en Natalucci, Ana y Pérez, Germán (comps) *Vamos las bandas. Organización y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Trilce. Pp 7-27.

- Novaro, Marcos (1995). "El debate contemporáneo sobre la representación política" en *Desarrollo Económico* N° 137. Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.
- Nuñez, Pedro (2010). "Política y poder en la escuela media. La socialización política juvenil en el espacio escolar". Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de General Sarmiento-IDES. Buenos Aires, 2010.
- Nuñez, Pedro (2011). "Protestas estudiantiles: interrelaciones entre escuela media y cultura política" en *Propuesta Educativa* (Buenos Aires: Flacso) N° 35. Pp. 7-10.
- Nuñez, Pedro y Vázquez, Melina (2013). *Políticas públicas de juventud e inclusión social en América Latina y el Caribe. Caso Argentina*. Informe UNESCO-CLACSO.
- Ortega y Gasset, José (1983). *El tema de nuestro tiempo*. Alianza Editorial / Revista de Occidente, Madrid.
- Pérez Islas, José A. (coord.) (2000). "Visiones y versiones. Jóvenes, instituciones y políticas de juventud" en Martín-Barbero, J. y otros Umbrales. *Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*, Medellín, Corporación Región.
- Pérez Islas, José A. (2006). "Trazos para un mapa de la investigación sobre la juventud en América Latina", en *Papers*, N° 79. Pp. 145-170.
- Picotto, Diego y Vommaro, Pablo (2010). "Jóvenes y política: una incursión por las agrupaciones de estudiantes independientes de la Universidad de Buenos Aires". En Revista *Nómadas* N° 32 (mayo de 2010), Bogotá. Pp. 149-162.
- PNUD (2010). *Informe sobre Desarrollo Humano para MERCOSUR 2009-2010: Innovar para incluir. Jóvenes y Desarrollo Humano*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Reguillo, Rossana. (2003a). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires, Norma.
- Reguillo, Rossana (2003b). "Ciudadanías juveniles en América Latina" en *Última década*. Viña del mar, CIDPA. N°19, Noviembre. Pp. 11-30
- Rodríguez, Ernesto. (2012). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Montevideo, CELAJU – UNESCO.
- Schuster, Federico; Pérez, Germán; Pereyra, Sebastián; Armesto, Melchor; Armelino, Martín; García, Analía; Natalucci, Ana; Vázquez, Melina; Zipcioglu, Patricia (2006). *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*. Documento de Trabajo No 48, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.
- Semán, Pablo y Vila, Pablo; (1999). "Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal", en: D. Filmus, *Los 90. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina en fin de siglo*, FLACSO-Eudeba, Buenos Aires. Pp 225-258.
- Sennett, Richard (1978) [2011]. *El declive del hombre público*. Anagrama, Madrid.
- Sidicaro, Ricardo (1998). "Los jóvenes de la región Metropolitana. Sus sensibilidades sociales y políticas" en Tenti, Emilio. y Sidicaro, Ricardo. (comps)(1998)

- La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación.* Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (1998). *La Argentina de los jóvenes.* Unicef Losada, Buenos Aires.
- Svampa, Maristella (2006). *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo.* Buenos Aires, Aguilar.
- Svampa, Maristella (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y Poder Político.* Buenos Aires, Siglo XXI.
- Tapia, Luis (2008). *Política salvaje.* La Paz, CLACSO-Muela del Diablo-Comunas.
- Tapia, Luis (2012). "Universidad pública, posgrado y renovación del Conocimiento y las sociedades", en Gentili, P. y Saforcada, F. (Coord). *Ciencias Sociales, producción de conocimiento y formación de posgrado. Debates y perspectivas críticas.* Buenos Aires, CLACSO.
- Tenti, Emilio (1998). "Visiones sobre la política" en Tenti, E. y Sidicaro, R. (1998) (comps) *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación.* Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- Urresti, Marcelo (2000). "Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico", en Balardini, Sergio (comp) (2000) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo.* Buenos Aires, CLACSO Pp. 177-206.
- Vázquez, Melina (2008). La socialización política de jóvenes piqueteros. Un estudio a partir de las organizaciones autónomas del conurbano bonaerense. Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Vázquez, Melina (2012). "La juventud como causa militante: algunas ideas sobre el activismo político durante el kirchnerismo", en *Grassroot.* Volumen 1, N° 2, Diciembre de 2012. Pp. 32-36.
- Vázquez, Melina (2013). "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento", en *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, Vol. 1, N° 7. La Plata. Pp. 1-25.
- Vázquez, Melina; Cozachcow, Alejandro y Liguori, Mariana (2014). "Estudiantes secundarios, Estado y participación política: una aproximación desde la implementación de Políticas (participativas) de Juventud", ponencia presentada en el *XI Congreso Argentino de Antropología Social*, Santa Fe, Argentina.
- Vázquez, Melina y Vommaro, Pablo (2008). "La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* Vol. 6, N° 2. Manizales, CINDE.
- Vázquez, Melina y Vommaro, Pablo (2012). "*La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora*", en Pérez, G. y Natalucci, A. (eds.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista.* Buenos Aires, Trilce. Pp. 149-174.

- Vila, Pablo (1989). "Rock Nacional. Crónicas de la resistencia juvenil" en Jelin, Elizabeth (comp) *Los nuevos Movimientos sociales. Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. Buenos Aires, CEAL.
- Vommaro, Pablo (2009). "Las organizaciones sociales urbanas de base territorial y comunitaria y el protagonismo juvenil: dos experiencias en Quilmes 1981-2004". En Revista *Periferias*, Año 12, N° 17. 1° semestre de 2009. Pp. 173-190.
- Vommaro, Pablo (2010). "Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)". Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director: Federico Schuster. Co-director: Pablo Pozzi. *Mimeo*.
- Vommaro, Pablo (2013a). "Juventud y política", en *Diccionario Internacional de Derecho del Trabajo y la Seguridad Social*. Ed. Tirant Lo Blanche, España. Rodrigo García Schwarz (coordinador).
- Vommaro, Pablo (2013b). "Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles", en Revista *Sociedad* N° 32, mayo 2013, Buenos Aires. Pp. 127-144.
- Vommaro, Pablo (2014a). "Juventudes, conflictos y políticas en América Latina contemporánea: una aproximación desde los procesos recientes de movilización y organización juveniles", en *América Latina hoy*. Schneider, A. (comp.). Ed. Imago Mundi. Buenos, Aires. Pp. 47-72.
- Vommaro, Pablo (2014b). "La disputa por lo público en América Latina. Las juventudes en las protestas y en la construcción de lo común", en Revista *Nueva Sociedad* N° 251, junio 2014. Pp. 55-69.
- Vommaro, Pablo (2014c). "Juventudes, formas de participación política y generaciones: acercamientos teóricos y debates actuales", en *En busca de las condiciones juveniles latinoamericanas*. Sara Victoria Alvarado y Pablo Vommaro (editores). COLEF-CINDE Manizales-CLACSO. Tijuana, México y Manizales, Colombia.
- Zibechi, Raul (1997). *La revuelta juvenil de los 90: las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa*. Ed. Nordan, Montevideo.
- Zibechi, Raul (1999). *La mirada horizontal. Movimientos sociales y emancipación*. Ed. Nordan, Montevideo.
- Zibechi, Raul (2003). *Genealogía de la Revuelta. Argentina: sociedad en movimiento*. Ed. Nordan, Montevideo.
- Zibechi, Raúl (2013). "Debajo y detrás de las grandes movilizaciones", en Revista OSAL Año XIV, N° 34, noviembre de 2013. Buenos Aires, CLACSO. Pp. 15-36.

Sitios web consultados:

- <http://www.portalpopulardacopa.org.br>
<http://saopaulo.mpl.org.br/>
<http://tarifazero.org/mpl/>
<http://www.territorioidigital.com>
<http://www.yosoy132media.org/>
<http://coneschile.blogspot.com.ar/>

- <http://movimientoestudianteschile.blogspot.com.ar/>
<http://es-es.facebook.com/pages/Mesa-Amplia-Nacional-Estudiantil-MANE-Colombia>
<http://manecolombia.blogspot.com.ar/2012/05/avanza-propuesta-alternativa-de-la-mane.html>
<http://www.manecolombia.co/index.php/que-es-la-mane/plenarios/programa-minimo-del-movimiento.html>

